

CLARK CARRADOS

LA FABRICA

La fábrica
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/435

CAPÍTULO I

El perro tocó varias veces con su pata en la rodilla de Tony y dijo:

—Tengo hambre.

Tony bajó la cabeza, le miró y sonrió.

—Yo también. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Aquí, «Typh».

—Ah —dijo Tony—. Aquí. Eso significa que tienes otro nombre… en otro sitio, Typh.

—Sí. En realidad, me llamo Juan, pero si soy un perro, no parece apropiado que me llames así. Llámame Typh, por favor.

—Como gustes, Typh —contestó Tony—. De modo que tienes hambre.

—Sí, bastante.

—Lo siento, no tengo en la nevera alimento para perros. Si quieres esperar… ¿O prefieres venir conmigo, Typh?

—Iré contigo —respondió Typh—. Quiero conocer vuestro medio ambiente. Parece que ha de resultar atractivo.

—A mí me gusta, Typh.

—Me lo imagino —dijo el perro de una forma que parecía que suspiraba—. Te envidio, francamente.

—¿Por qué, Typh? —preguntó Tony, mientras se ponía la chaqueta.

—Por vivir aquí. ¿Te parece poco?

—No —rió el joven—. Al contrario, todas las mañanas doy gracias a Dios por eso mismo. ¿Vamos, Typh?

—Andando, Tony.

El perro era lobo de raza, de pelaje casi negro en el lomo y más claro en el pecho y patas, un magnífico ejemplar de la raza canina.

Tony Stuart se lo había encontrado la víspera en el parque de la pequeña ciudad suburbial en donde residía.

Estaba bajo una pesadilla, se dijo Tony. Los perros no hablaban, no pueden hablar. En cualquier momento se despertaría y...

Salieron a la calle y pasearon a lo largo de la acera. Typh caminaba dócilmente a su lado.

Pronto entraron en la tienda donde vendían de todo. Tony compró un par de kilos de carne con abundantes huesos, hizo que se lo envolvieran en una bolsita de plástico y salió de nuevo a la calle.

—Si te parece, puedes comer en el parque —dijo.

—Estupendo —contestó Typh.

El parque estaba a cien metros de distancia. Aprovecharon un rojo de semáforos para automóviles y cruzaron al otro lado.

Tony eligió un banco situado bajo un frondoso árbol. Abrió la bolsa y empezó a dar de comer al animal. Hacía un tiempo estupendo.

Typh despachó rápidamente los dos kilos de carne y huesos. Al terminar, dijo:

—Me he quedado como nuevo, Tony. Oye, Tony...

—Dime, Typh.

—¿Está bien que un perro llame a su amo por el nombre? ¿O debe decirle amo?

—Bueno, yo soy un tipo muy democrático —contestó el joven—, y me desagradan ciertos tratamientos. Llámame Tony.

—Gracias. Seremos muy amigos. Ya lo verás. ¿Qué tal andas de fondos?

—¡Psé! —contestó Tony—. No te ofendas, pero, como eres un perro, no puedes saber el placer que se siente al mandar al jefe a freír espárragos. Naturalmente, él me mandó a la calle.

—Eso significa que estás sin trabajo.

—Ni más ni menos. Sin embargo, todavía puedo aguantar tres o cuatro meses de mis ahorros.

—Bueno, cuando te haga falta dinero, avísame. Solucionaremos ese problema, ¿eh?

—Eres muy bueno, Typh.

—Me agrada ayudar a los que me aprecian. Y tú me aprecias, ¿no es así, Tony?

—Por supuesto.

Una esbelta muchacha pasó por delante de los dos. Era alta, espigada, de pelo castaño y ojos grises. Parecía muy preocupada. Tony la siguió con la vista hasta que desapareció en un recodo del parque.

Suspiró. Typh comentó:

—Guapa chica, ¿eh?

—Muy bonita, sí, señor.

—Te convendría para pareja, Tony —indicó el perro.

—Ya he elegido la mía, Typh. También es muy bonita.

—Ah —Typh pareció meditar un momento—. Un día de éstos tendré que buscar yo la mía.

Se tendió en el suelo a los pies del joven.

—Es encantador vivir aquí —dijo.

—Pero ¿no has vivido aquí toda tu vida? —preguntó Tony.

—Si te refieres a mi vida canina, sí. Pero la otra...

—Ah, ¿has vivido otra existencia?

—Sigo viviéndola, Tony. Pero no sé si tú lo entenderías, y no te ofendas por mis dudas.

—Por supuesto que no, Typh. Oye, tengo que llevarte a casa. He de ir a buscar a mi novia.

—¿Se llama «Novia» tu pareja?

Tony se echó a reír.

—No, su nombre es Cathy —contestó—. Novia, es la palabra con que se designa su estado antes de que, mediante ciertos requisitos legales y religiosos, se convierta en mi pareja. Luego se llamará esposa.

—Ah, entiendo. Es eso que se dice matrimonio.

—Justamente, Typh. Y cuando nos hayamos casado, tendremos hijos, supongo. Como tú, el día que encuentres a tu pareja, aunque para los animales no son necesarios esos requisitos.

—Ya —suspiró Typh—. Por eso somos animales. ¿Volvemos, Tony?

—Si, pero antes tomaré una cerveza en el bar de la esquina. Tengo sed.

Tony se puso en pie y el animal se incorporó y caminó dócilmente al lado de su amo. Minutos más tarde, entraban en una taberna situada no lejos de la casa donde vivía Tony, titulada «La Oca de Plata».

Se acercó al mostrador y tomó asiento en un taburete. Typh saltó y se puso en el contiguo. El tabernero, antiguo conocido de Tony, miró al animal con interés.

—¿De dónde lo ha sacado, señor Stuart? —preguntó.

—Me lo encontré ayer. No tenía dueño, al parecer —respondió el joven.

—Es un perro magnífico —alabó Kenny, el dueño del local—. ¿Qué le sirvo?

—Cerveza, un doble.

—Yo también tengo sed. Póngame un tazón con agua aquí en el mostrador, por favor —pidió Typh.

—Sí, señor, al momento —contestó Kenny mecánicamente. Pegó un chillido de repente—. ¡Oiga, el perro habla!

—Sí —contestó Tony.

Kenny frunció el ceño.

—Señor Stuart, es la primera vez que me entero de que usted es ventrílocuo —dijo—. ¡Qué susto me ha pegado! ¡Llegué a creer que su perro hablaba de veras!

Soltó una risita, llenó la jarra de cerveza y la puso frente al joven. Typh dijo:

—Y mi tazón de agua ¿qué?

Kenny lanzó un suspiro de resignación.

—Ya voy, ya voy —respondió—. Nunca había visto un perro tan impaciente —comentó en tono un tanto jocoso.

—¿Vienen muchos perros a beber a su bar? —preguntó Typh.

—Algunos, no demasiados. Comprenda, éste es un bar para humanos —Kenny soltó una risita—. Señor Stuart, nunca le había imaginado a usted tan bromista.

—Pero ¡si es cierto! —protestó el joven—. Typh…, bueno, el perro, habla. Yo no soy ventrílocuo, Kenny.

—Vamos, vamos —rezongó el tabernero—, no trate de tomarme el pelo. Yo soy como los fabricantes de pastillas para la tos: nunca pruebo mis productos; quiero decir que no bebo, así que siempre estoy sereno. ¡Usted es ventrílocuo! Y muy bueno, créame.

—¡Qué tozudo! —dijo Typh enojado—. Cualquiera diría que en este país no hablan los perros.

—Y no hablan, pero…

Alguien entró en el bar en aquel momento, interrumpiendo a

Tony apenas había empezado a hablar. Era la chica que habían visto poco antes en el parque.

—Mira, Tony —dijo el perro—; es la chica del parque.

Ella se detuvo en el umbral, como explorando el interior de la taberna. De pronto, vio a dos hombres situados en un rincón del local y se dirigió hacia ellos.

—Una chica preciosa —murmuró Tony—. ¿La conoce usted, Kenny?

—No, es la primera vez que viene por aquí.

La joven se detuvo ante los dos hombres. Habló rápidamente, en voz baja. Sujeto bajo el brazo izquierdo llevaba un bolso de color negro. Uno de los hombres dijo algo, al parecer de mal humor. Ella movió la cabeza negativamente.

Luego inició una media vuelta para marcharse. Uno de los sujetos alargó la mano y la sujetó por la muñeca.

La joven tiró para desasirse. El hombre mantenía la presión y se lo impidió.

—Voy a tener que intervenir —gruñó Typh.

Y saltó al suelo. Abrió la boca y emitió un gruñido amenazador.

Tony saltó al suelo también. El perro se plantó delante de los dos sujetos, ladrando con furia.

La chica consiguió desasirse. Tony se situó a su lado.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó.

Los dos hombres se pusieron en pie. Eran unos tipos de aspecto desagradable, mal encarados, rufianescos. Typh continuaba ladrándoles.

Ella se apartó a un lado. Los dos hombres vacilaron.

—Vámonos, tú —dijo uno de ellos—. Este perro me pone nervioso.

—Debe de ser su grosería —manifestó Tony.

El tipo le miró airadamente.

—No se meta en lo que no le importa o le costará caro —gruñó.

Typh saltó sobre él y le empujó con fuerza, derribándole al suelo. El otro escapó a la carrera.

El caído gritó de pánico. Typh, puesto sobre su cuerpo, le ladraba en su misma cara.

—¡Quítenme a esta fiera de encima! —dijo, lívido de espanto.

—Apártate, Typh —ordenó Tony.

—Si tú lo mandas —contestó el perro cortésmente.

Quedó a un lado, meneando la cola mientras vigilaba atentamente al individuo.

—No le muerdas, Typh —dijo Tony.

—Ya no es necesario —repuso el animal.

El rufián tenía los ojos dilatados por el espanto. De pronto, se puso en pie y echó a correr como un loco, desapareciendo de la taberna en un santiamén.

Tony miró a la muchacha y sonrió.

—Celebro haberla sacado de un apuro, señorita —dijo—. Me llamo Tony Stuart.

Ella le dirigió una ligera inclinación de cabeza.

—Sylvia Wenck —se presentó—. Gracias, señor Stuart. Permítame que me retire.

—Por supuesto. Pero si teme que esos sujetos...

—No, no volverán a causarme molestias —contestó ella—. Gracias de nuevo. Y gracias a su perro también; es un animal precioso.

—Gracias, señorita. Usted sí que es hermosa —dijo Typh.

Sylvia no pareció impresionarse. Miró al animal y sonrió.

—Eres un adulador —dijo—. Adiós, señor Stuart. Adiós, amigo —acarició la cabeza del can y se dirigió hacia la salida, caminando con facilidad, esbelta, erguida, con el porte de una Diana cazadora.

Tony volvió al mostrador y puso una moneda.

—Tengo que irme, Kenny —manifestó—. Hasta la vista.

—Adiós, señor Stuart.

—Hasta la vista, Kenny —se despidió Typh.

—Adiós, perrito. ¡Je! Tiene usted un humor magnífico, señor Stuart —dijo el tabernero con una risita de circunstancias—. Mira que ser ventrílocuo y no haberme enterado hasta ahora...

Tony y el perro se miraron un instante.

—Los hay incrédulos —comentó Typh resignadamente.

CAPÍTULO II

Tony regresó aquella noche a su casa bastante disgustado. La estancia con su novia no había sido precisamente lo que él

necesitaba para desahogarse.

En vez de estimularle con sus consejos y tratar de comprenderle, Cathy le había reprochado su impulsividad y le había tratado de poco reflexivo. Ahora, le había dicho, se había quedado sin trabajo, lo que significaba posponer la boda hasta Dios sabía cuándo.

—Ah, de modo que tú prefieres que me humille y que mi dignidad vaya por los suelos —había contestado él.

—No es eso —contestó Cathy—, pero podías haberte portado con el señor Hyllaman de una manera un poco más diplomática, en lugar de tirarle un tintero a la cabeza. Papá conoce bien a Hyllaman y...

—Perdona, nena, pero tu papá no conoce a Hyllaman ni tanto así —le atajó Tony—. Yo sí que le conozco bien; he estado trabajando nueve años seguidos con él, de ellos cuatro en uno de los puestos más elevados de su empresa y estoy en condiciones de afirmar que es un negrero, por no decir algo mucho peor.

—¡El señor Hyllaman es una persona muy decente! —protestó Cathy con singular vehemencia.

—Hyllaman es un negrero —insistió él—. Y, si tú le tomas por decente, es que estás equivocada. Lo que me ordenó hacer no podía cumplirlo en conciencia; todavía tengo un estómago sensible.

—Ahora no tendrás con qué llenarlo —dijo ella mordazmente.

—Ya me arreglaré, Cathy. Puede que alguna noche duerma con el estómago vacío, pero, al menos, mi conciencia quedará tranquila.

—La conciencia no da de comer, Tony.

El joven miró a su novia con asombro.

—Cathy, empiezo a sospechar que no te conozco —dijo.

—Oh, querido, ¿por qué nos empeñamos en una estúpida discusión? Vuelve a Hyllaman, preséntale tus excusas...

—¡Jamás!

—Papá ha hablado con Hyllaman. Si tú cedieras un poco, él también cedería. En medio de todo, te aprecia, Tony.

El joven vaciló.

—Bueno —contestó—, veré lo que hago. Pero me parece que le pediré que me dé otro puesto, donde, al menos, no tenga que ser cómplice de sus chapucerías.

—Llevas muchos años en la empresa. Estás en camino de convertirte en un asociado. ¿Por qué tirar un porvenir semejante

por la borda, Tony?

—¡Por la conciencia, entiéndelo bien! —dijo él malhumoradamente—. Si vuelvo con Hyllaman..., le diré que me envíe a Embalajes.

Cathy estuvo a punto de desmayarse.

—¡Embalajes! —chilló—. Tú te has vuelto loco, Tony.

—No —protestó—. Soy sensato y, además, decente. Quisiera hacértelo comprender, Cathy.

—Yo lo que quisiera hacerte comprender es que ahora no tienes empleo. Y ganabas un buen sueldo...

Tony se puso de repente en pie.

—Me voy —dijo—. Por lo menos, Typh es más comprensivo que tú.

—¿Quién es Typh? —preguntó la muchacha.

—Mi perro.

—¡Un perro! ¡Tony, sabes que no me gustan los animales en absoluto!

—Pues, si nos casamos, tendrás que aguantar a Typh, te guste o no.

—¿Prefieres un perro a... a mí? —preguntó ella indignadamente.

—Estoy viendo que sí. Typh atiende más a razones que tú, Cathy, aunque te sepa mal oírlo.

—Pero ¿cómo va a atender a razones...?

—¡Pues claro que sí! Typh habla, Cathy.

Ella se quedó con la boca abierta de par en par. Luego, de repente, se tumbó boca abajo en el diván, sollozando amargamente.

—¡Se ha vuelto loco, se ha vuelto loco! —gimió.

Tony elevó los brazos al aire.

—Tengo que dejarla por imposible —masculló—. Cathy, mañana volveré con Typh. Le oirás hablar y...

—¡No, no quiero verte más! ¡Y menos con un perro! ¡Vete! ¡¡VETE!!

—En fin —suspiró él.

Cuando salió de la casa de Cathy, le pareció que su boda no sólo se iba a posponer, sino que se suspendía definitivamente.

Pero ¿volver con Hyllaman? ¿Con aquel pirata?

—Jamás, jamás —se prometió a sí mismo resueltamente.

Entró en casa de bastante mal humor.

—¿Ya estás de vuelta, Tony? —preguntó el perro.

—Sí, Typh.

El perro se levantó de la alfombra y le miró con interés.

—No traes muy buena cara —observó.

Tony se preparó una copa de coñac.

—Creo que me he quedado sin pareja —contestó.

—¿Divergencias ideológicas?

—Algo por el estilo —Tony bebió media copa de golpe—. Typh, ¿de dónde diablos has salido tú?

—Bueno, sería largo de contar... y muy difícil de creer.

Tony le dirigió una mirada oblicua.

—Tú no eres terrestre, ¿verdad?

—Hablando francamente, no.

—Marciano, ¿eh?

—Tony, por favor, no tengas tan mal gusto.

—Bueno, pues, si no vienes de Marte, no sé de dónde diablos...

—Vengo de muchísimo más lejos, Tony. Decenas de años luz, aunque te parezca imposible.

—Así que por... ahí hay un planeta habitado. ¿Todos sus habitantes tienen forma de perro, como tú, Typh?

—Oh, no, en absoluto. Pero resulta que al llegar a tu planeta me di cuenta de que la forma canina es la más conveniente para mi estructura psíquica y orgánica. Me encuentro muy bien dentro de este cuerpo, créeme.

—Te creo. —Tony apuró la copa y se sirvió otra—, ¿A qué vienes, a invadir el planeta?

—Lees demasiadas historietas de ciencia—ficción —le reprochó el animal—. De momento, he venido a ayudarte a ti. Ayudándote a ti, me ayudo a mí. Tony.

—No te entiendo en absoluto, Typh —declaró el joven llanamente.

—Eso que estás bebiendo ¿es alcohol? ¿CH3—CH2—OH?

—Pues sí, pero ¿cómo sabes tú la fórmula del alcohol?

—Sé más de lo que te parece, pero tú eres hombre morigerado y ese licor te está haciendo daño. Además estás preocupado por lo que te ha pasado con tu pareja. No te encuentras en situación de comprender bien mis explicaciones. Será mejor que te acuestes, Tony.

—Es posible que tengas razón —convino el joven. Bebió la segunda copa y se dirigió hacia el dormitorio—. Puedes echarte en la alfombra de los pies de mi cama, Typh.

—Gracias, Tony. La he visto antes y me parece cálida y mullida para mi cuerpo terrestre. Haremos buenas migas, te lo aseguro.

Tony se quitó la chaqueta.

—¿Piensas quedarte definitivamente en la Tierra? —preguntó.

Typh se tendió en la alfombra.

—Veremos —lanzó un suspiro enteramente canino—. Si pudiera tomar una forma semejante a la tuya...

—Y ¿por qué no lo haces? Tus poderes parecen prácticamente ilimitados, Typh.

—Es mi estructura la que me lo impide. Si no estuviese dentro de un perro, tendría que meterme en un cordero; es el animal de volumen más parecido. Y no tengo ganas de acabar convertido en chuletas, Tony.

—Se comprende —sonrió el joven.

Momentos después, se metía en la cama. Apagó la luz y dijo:

—Buenas noches, Typh.

—Buenas noches, Tony.

El joven tardó largo rato en dormirse. ¿Estaba despierto? ¿Le duraba todavía la pesadilla?

¿Era cierto que aquel perro, pese a su figura, era un ser nacido en un lejanísimo planeta, situado a decenas de años luz de distancia?

En todo caso, ¿cómo había llegado hasta la Tierra? ¿Cuáles eran sus propósitos?

Se repitió las preguntas muchas veces, pero no pudo encontrar una respuesta medianamente satisfactoria.

Al fin, se durmió. Era joven y las preocupaciones no hacían demasiada mella en su cerebro. Ni siquiera se acordó de la violenta escena habida con Cathy.

El perro ladró de pronto. Tony se sentó de golpe en la cama.

—¿Qué pasa? —gritó, asustado—. ¿Quién ladra?

—No temas —dijo Typh—. Soy yo.

Tony miró al perro, situado a su lado. El animal meneaba alegremente la cola.

—¡Vamos, arriba, perezoso! —le increpó Typh—. Hace un día

magnífico y hay que aprovecharlo. Tienes que sacarme a pasear; quiero conocer bien la ciudad y a sus gentes…

Tony se pasó una mano por la cara. No, no estaba soñando.

—Sí, Typh, como tú digas.

La ducha fría le convenció de que estaba despierto y bien despierto. Tomó unos sorbos de café, que él mismo se preparó en la cocinilla de su apartamiento, y a poco, en compañía del can, salió a la calle.

—¿Tienes hambre, Typh? —preguntó.

—Algo, no mucha —contestó el perro—. Ayer comí abundantemente. Todavía puedo aguantar unas horas.

—Muy bien. Yo tengo la costumbre de desayunar en una cafetería cercana. ¿Te importa?

—En absoluto. Tony, no quiero que varíes tus costumbres por mí.

El joven consultó su reloj.

—Typh, ya las he variado. A estas horas, tendría que estar trabajando —dijo.

—Y ¿por qué no lo haces?

—Ya te dije ayer que estoy sin trabajo. Me peleé con mi jefe.

—Bueno, cuando te haga falta dinero, avísame. ¿Estamos?

—Estamos, Typh.

Poco después, entraban en la cafetería. Typh saltó a un taburete. El barman le miró con interés.

—Un perro muy bonito, sí, señor —elogió —. ¿Quiere desayunar, señor Stuart?

—¿A qué se cree que ha entrado aquí? —dijo Typh.

El barman soltó una risita.

—Tiene usted ganas de broma, señor Stuart. ¿Dónde aprendió tan bien el arte de la ventriloquia?

—Son obstinados —dijo Typh.

—Es difícil creer que un perro hable —contestó Tony.

—Sí, ya me lo imagino. Bueno, anda, pide tu desayuno.

El barman hizo una mueca.

—¿Lo de siempre, señor Stuart?

—Sí, Kenny.

Un hombre entró en aquel momento. Era alto, bastante grueso, de cara sanguínea y expresión autoritaria. Contaba unos cincuenta

años, muy vigoroso todavía, y se veía bien trajeado.

Ocupó un taburete junto a Tony y pidió un café. De pronto, reparó en la presencia del joven.

—Ah, es usted, señor Stuart —dijo Seth Hyllaman—. Celebro la coincidencia. Así me evito llamarle a su casa.

—Supongo que dirá eso porque se ahorra el importe de una llamada telefónica —contestó Tony mordazmente—. ¿Y bien, señor Hyllaman?

Hyllaman se mordió los labios.

—Pelillos a la mar, señor Stuart —dijo—. Olvidemos lo ocurrido y vuelva a su trabajo.

Tony movió la cabeza lentamente.

—Señor Hyllaman —contestó—, no volvería a trabajar para usted ni aunque me pagase mensualmente el equivalente de mi peso en oro.

CAPÍTULO III

Durante un momento, Hyllaman miró al joven de hito en hito.

—He oído mal —dijo al cabo.

—Sus tímpanos se encuentran en perfecto estado —manifestó Tony—. No, señor; no quiero volver con usted.

—¡Bien dicho! —exclamó Typh.

—Tú, maldito perro, cállate... —barbotó Hyllaman.

De repente, se dio cuenta del desliz cometido.

—No me gustan las bromas, Stuart —dijo, con el ceño fruncido.

—No es broma. El perro habla —contestó Tony.

—Otro que no me cree —suspiró Typh.

Hyllaman estaba aturdido.

—Pero...

—Ventriloquia, señor Hyllaman —terció Kenny, el barman, poniéndole delante su taza de café.

—Ah —dijo el hombre de empresa—. Nunca había hecho pública usted esa habilidad, Stuart.

—Mi amo tiene otras habilidades que usted ignora, pero que, por supuesto, no pondrá a su servicio —dijo Typh.

—Stuart, la cosa está pasando ya de la raya —gruñó Hyllaman

amenazadoramente.

—Por mí, pasó ya el día en que le puse el tintero por gorro —contestó el joven despreocupadamente.

—Estoy ofreciéndole mi mano, Stuart.

—Y yo retiro la mía.

—Bien dicho —exclamó Typh otra vez—. No trabajes más para ese pulpo que se las da de honesto en sus negocios. Pero ¡si ni siquiera lo es en su vida privada!

—¡Stuart! —chilló Hyllaman, congestionado por la ira.

Typh, implacable, continuó:

—Sería curioso hurgar en su billetera. Aparecería el retrato de una linda dama, ataviada con ropajes muy ligeros, la cual hace objeto de sus favores a este pulpo. ¿Qué diría su esposa si se enterase, señor Hyllaman?

El negociante estaba aturdido.

—¿Quién..., quién le ha dicho una cosa semejante, Stuart?

Tony no se sentía menos desconcertado.

—Yo..., pues... —tartamudeó—. Luego es cierto —dijo de pronto.

—¡Pues claro que es cierto! —exclamó Typh—. Que lo desmienta él, si se siente capaz de hacerlo.

El rostro de Hyllaman era una redonda luna roja.

—Me voy —dijo—. Me voy, por no romperle una silla en la cabeza.

—Suponiendo que yo lo permitiera —habló Typh.

El barman tenía la boca abierta de par en par. Semejaba una estatua con gorrillo y chaqueta blancos.

Hyllaman se apeó del taburete.

—Sus palabras han cerrado el paso a toda posible reconciliación —dijo—. No se le ocurra volver jamás por mis oficinas.

—A mi amo no le gusta mancharse las suelas de los zapatos —dijo Typh cáusticamente—. Y no necesita para nada de su puerco dinero.

Hyllaman salió disparado como un cohete. Desde la puerta, se volvió, blandió un puño y gritó:

—¡Volveremos a vernos, Stuart!

Tony bajó la vista.

—Te has portado muy desconsideradamente, Typh.

—Pero tú mismo dijiste que Hyllaman era un pirata —protestó el can.

—Sí, pero es preciso tener en cuenta las formas y las buenas maneras —rezongó Tony—. Oye, ¿cómo diablos sabes tú lo de esa dama...?

Typh emitió un sonido que pretendía ser una risita.

—Lo he visto, claro —contestó.

Tony frunció el ceño.

—¿Tú posees... algún sentido... más que... nosotros? —preguntó.

—Desde luego. Mira, ahora Kenny está pensando si los locos somos nosotros o lo es él. ¿No es cierto, Kenny?

El barman continuaba en la misma actitud de asombro. Tony meneó la cabeza.

—Typh, no está bien que penetres en los pensamientos de otra persona. Eso es incorrecto, ¿me comprendes? —dijo.

—Bueno, yo lo hacía sólo por ayudarte...

—No lo repitas —dijo Tony malhumoradamente—. Kenny, cóbrese mi desayuno.

El barman meneó la cabeza.

—La casa paga —dijo—. El espectáculo ha merecido la pena. ¡Dios santo! Señor Stuart, ¿por qué no se dedica usted al circo? Se hincharía de dinero, créame.

Tony soltó un bufido. Dejó unas monedas sobre el mostrador y se apeó del taburete.

—Vámonos, Typh —gruñó.

El perro saltó al suelo.

—Como quieras, Tony. Tendré que aprender a comportarme con un poco más de diplomacia, en efecto. Pero no creí que fuese tan grave adivinar lo que piensan otras personas.

—El pensamiento de un humano es sagrado, Typh, entiéndelo bien de una vez para siempre —dijo el joven.

—Bueno, es que soy nuevo en la Tierra y todavía ignoro muchas de sus costumbres. Tendrás paciencia conmigo, ¿verdad?

Una señora que entraba en la cafetería se cruzó con el perro en el momento en que pronunciaba sus últimas palabras. Miró al animal y sonrió.

—¡Qué mono! —dijo—. Le habrá costado mucho enseñarle a hablar, ¿verdad? Oiga, joven, ¿por qué no viene a casa y enseña a

hablar a mi papagayo?

—¡Cómaselo frito! —contestó Tony de mal humor.

—¡Grosero! —le apostrofó ella.

Amo y perro salieron a la calle. Typh tenía la cola bajada.

—Creo que hice mal al elegirte como amo —dijo el can tristemente.

—Bueno, son los primeros días. Esto es todo nuevo para ti, Typh.

—Sí, claro. Tendré que ir aprendiendo...

Caminaron a lo largo de la acera. Hacía una mañana radiante. Al cabo de un rato, sin saber cómo, Tony se encontró frente a la casa de su novia.

Era un edificio de dos plantas, rodeado por un bien cuidado jardín. Cathy estaba cortando unas flores en aquel momento.

—¡Cathy! —llamó el joven.

Ella se volvió. Al ver a Typh frunció las cejas.

—¿Ése es el chucho de que me hablaste ayer? —preguntó.

—Sí, el mismo. ¿Verdad que es precioso?

—¡Sabes que no me gustan los animales! —protestó ella agudamente—. ¡Llévatelo de aquí en el acto!

—¡Antipática! —dijo Typh.

—¿Eh? Tony, ¿qué estás diciendo?

—Calla, Typh, por todos los... —rezongó Tony a media voz.

—¿Es o no es una chica antipática? —dijo el perro—. Además no me gusta; tiene los ojos demasiado juntos y la nariz de un loro. ¿Era ésa la que iba a ser tu pareja? Tony, tienes un gusto infame.

Cathy estaba a punto de desmayarse.

—¡Dios mío! Nunca me habían insultado de una forma semejante —exclamó.

—Nunca le habían dicho la verdad, que no es lo mismo —declaró Typh sarcásticamente—. Vámonos, Tony; no te apenes por ella. Tu vida habría sido un infierno a su lado.

Cathy echó a correr hacia su casa, llamando a gritos a su madre y protestando de los insultos que la habían dirigido. Tony meneó tristemente la cabeza.

—Typh, acabas de quemar mis naves —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó el perro.

—Sencillamente, que has cortado el último lazo que me unía a

Cathy.

—¡Bah, no hagas caso! Es vana, egoísta y presuntuosa. Te habría hecho infeliz, créeme.

—¿También adivinas el porvenir? —preguntó Tony, mientras caminaban a lo largo de la acera.

—Tanto como eso... Pero estudio a las personas y extraigo deducciones que estimo acertadas en un elevado porcentaje.

—Eres admirable, Typh. ¿Todos... los de tu planeta sois así?

—Muchos. Otros, claro, son como vosotros, los terrestres.

—¿Te refieres al aspecto físico?

—No, más bien al mental. Yo pertenezco a lo que podríamos llamar una de las clases elevadas. No creas por eso que soy un tipo orgulloso, Tony; simplemente, es así.

—Entiendo. Pero aún no sé qué has venido a hacer en la Tierra.

—Ah, todavía es un poco pronto —contestó Typh maliciosamente—. ¡Qué a gusto me encuentro dentro de mi nuevo cuerpo! ¡Si supieras la incomodidad que representa vivir con mi aspecto auténtico!

—¿Qué aspecto tienes, Typh? ¿Una especie de tronco con tentáculos verdes y seis ojos en la cabeza?

—¡Por favor, Tony! —protestó el perro—. Somos feos, pero, vamos, no tanto... ¡Espera! —dijo de pronto.

El animal se había detenido y tenía la cola rígida, horizontal, mientras husmeaba el aire.

—Presiento un peligro, Tony —dijo a poco.

—¿Peligro? —exclamó él, atónito.

—Sí... ¡Ven, sígueme! —dijo Typh, a 1a vez que se lanzaba hacia adelante a todo correr.

Tony le siguió en el acto. En una docena de zancadas, Typh alcanzó la esquina próxima y dobló hacia su izquierda. El edificio era un gran almacén, de paredes lisas, que daba a un descampado.

Había un automóvil parado. Dos hombres forcejeaban para arrastrar a una mujer al interior del vehículo.

Typh emitió un agudo ladrido. Los hombres se volvieron, sobresaltados.

Con gran asombro, Tony reconoció a la muchacha de la víspera. Era Sylvia Wenck.

—Dejen a esa mujer, canallas —gritó impetuosamente.

Uno de los rufianes soltó a la chica y sacó una pistola. Typh ladró agudamente, mientras saltaba a su muñeca.

El arma cayó al suelo. Sylvia consiguió soltarse.

Typh emitía unos rugidos feroces. El otro individuo retrocedió dos pasos, sacó una pistola y, fríamente, a bocajarro, disparó dos veces contra el can. Typh se desplomó fulminado.

Luego el rufián volvió la pistola contra Tony. Era tarde ya.

El pie del joven hizo volar por los aires la pistola. Bramando de ira, Tony golpeó el rostro de su antagonista.

El rufián se apoyó en el automóvil. Tony parecía haber enloquecido.

—Maldito…, matar a mi perro…

Levantó el puño para estrellarlo contra el rostro de su contrincante. En aquel instante, algo le golpeó en el cráneo.

Cayó de rodillas, sintiéndose invadido por una gran debilidad. Alguien le pateó en el pecho, lanzándolo a un lado.

Sin embargo, no había perdido el sentido por completo. Oyó voces:

—Vámonos, tú.

—Sí, corre, date prisa. La policía…

El automóvil arrancó con un rugido. Tony se arrastró penosamente por el suelo.

Alguien se arrodilló a su lado.

—Señor Stuart…

Era Sylvia Wenck. A lo lejos se oyó el estridor de una sirena policial.

Tony consiguió sentarse en el suelo. La cabeza le dolía horrorosamente.

Un automóvil irrumpió en aquel lugar. Dos hombres uniformados saltaron fuera, pistola en mano.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

Sylvia se enfrentó con los policías.

—Trataron de robarnos —dijo—. El perro quiso defendernos y ellos le mataron de dos balazos. Eran dos hombres, que escaparon inmediatamente, sin conseguir sus propósitos, gracias al pobre animal. El señor Stuart recibió un culatazo cuando quiso rechazar a los forajidos.

Uno de los policías se arrodilló junto al animal.

—Era un perro magnífico —murmuró.

Tony contempló tristemente el cuerpo inanimado de Typh.

—Y, además, hablaba —dijo.

El policía le miró con sorpresa. Luego volvió los ojos hacia su compañero.

—Avisa a una ambulancia, tú —indicó.

—No es necesario —objetó Sylvia—. El señor Stuart se encuentra bien. Un poco aturdido, eso es todo. Yo me encargaré de él.

Tony comprendió las intenciones de la muchacha.

—Sí, me encuentro bien —dijo—. La cabeza me duele un poco...

Ella le pasó la mano por el lugar donde había recibido el golpe. Tony sintió que el dolor le desaparecía como por encanto.

—Tendrán que acompañarnos a la comisaría para formular la denuncia —dijo uno de los guardias.

—Por supuesto —contestó Sylvia con acento sosegado—. ¿Vamos, Tony?

El joven la contempló con asombro. Algo, en su interior, le dijo que debía obedecer las indicaciones de Sylvia.

—Sí, como quieras —aceptó.

CAPÍTULO IV

Aquella misma tarde, Tony recibió en su casa la visita del padre de Cathy.

El señor Holmes era pequeño, rechoncho y parecía muy enfadado.

—Cathy me ha dicho que la insultaste groseramente —manifestó —. Espero tengas la suficiente hombría de bien para ir a casa y presentarle tus excusas.

Tony apretó los labios.

—Señor Holmes, yo...

—No me vengas con pretextos especiosos, muchacho. Además ¿qué es eso de ir haciendo por ahí el ventrílocuo en compañía de un perro vagabundo? ¿Te parece bonito? ¿Crees que es decoroso hacer el payaso por los bares y tabernas?

El pecho de Tony se hinchó poderosamente.

—Señor Holmes — dijo —, sepa que aquel perro era mil veces más inteligente que lo será usted en mil años. Typh hablaba, razonaba y todo lo que dijo de Cathy era cierto y yo lo suscribo íntegramente, ¿se entera?

El padre de Cathy le miró boquiabierto.

—Pero, Tony...

—Vamos, fuera de aquí —gruñó el joven—. No tengo ganas de conversar con gente estúpida. ¡Pedir perdón a Cathy! ¡Ni lo sueñe, pelotita humana!

Holmes blandió el puño.

—Te arrepentirás de esto que has dicho, Tony —gritó —. Hyllaman no te readmitirá en su empresa...

—Quiso hacerlo esta mañana y yo le envié al diablo. Y ahora también a usted. ¡Largo, bola de sebo!

Holmes se marchó echando venablos. Tony cerró de un portazo y se sirvió una copa de coñac.

Sentíase de un humor endiablado. Typh había muerto... y Sylvia, después de la declaración conjunta en la comisaría, había desaparecido sin dejar rastro.

Bebió pensativamente. ¿Cómo era posible tomar tanto cariño a un animal en sólo tres días?

Bueno, Typh no había sido un animal precisamente..., pero había dado generosamente su vida por defenderle a él y a Sylvia. También los seres de otros planetas eran mortales, reconoció con amarga tristeza.

—Una ley divina a la que no escapa nadie —murmuró.

Llamaron a la puerta. Tony dejó la copa sobre una repisa y se dirigió a abrir.

Sylvia estaba al otro lado y le contemplaba con la sonrisa en los labios.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Tony inspiró profundamente.

—Claro —accedió.

Ella cruzó el umbral. Llevaba el bolso suspendido de su hombro izquierdo. Vestía un traje blanco, corto, sin mangas, con vivos rojos, negros y verdes, lo que le confería un aspecto atractivamente juvenil.

—No sé cómo explicarme —dijo una vez hubo él cerrado la

puerta.

—Siéntese, por favor —invitó Tony, sintiendo en su interior una exultante alegría—. Explíquese si quiere… y si no, charlaremos de lo…, de lo que sea. Me siento enormemente feliz de volverla a ver, señorita Wenck.

—Sylvia, por favor —pidió ella con una hechicera sonrisa,

—De acuerdo, Sylvia. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, Tony. Deseaba… hablar de algo que ya sabe usted parcialmente. Nos hemos encontrado en dos ocasiones…

Tony asintió.

—Sí, desde luego. Usted tiene enemigos, Sylvia.

—En efecto. Por dos veces me han librado usted y su perro de un grave compromiso.

—¿Por qué no pide protección a la policía? ¿Qué pretenden esos hombres de usted? ¿Acaso pedirle un rescate?

—No soy rica, Tony. Tengo dinero…, lo suficiente para vivir con desahogo, aunque sin enriquecer a ningún secuestrador.

—¿Entonces?

Sylvia se mordió los labios.

—Es difícil de explicar —contestó—. Usted no me creería.

Tony esbozó una sonrisa.

—Después de haber tenido un perro que hablaba y conversaba como una persona, pocas cosas me pueden extrañar ya, se lo aseguro.

—Usted quería mucho a Typh, ¿no es cierto?

—Le había tomado bastante cariño, en efecto. Si no viviese en una casa de pisos y tuviese una con jardín, le levantaría un monumento.

—Era un perro magnífico, en efecto —alabó la muchacha—. Tony, ¿querría usted ayudarme? —preguntó.

—¿De qué se trata? —quiso saber él.

Sylvia dejó el bolso a un lado y se puso en pie. Dio dos vueltas por la habitación y, de pronto, se detuvo frente al joven.

—Usted tenía un puesto importante en las empresas Hyllaman —dijo.

—Sí. —Tony apretó los labios —. Pero no me hable de ese individuo.

—Si quiere ayudarme, tendrá que volver a trabajar para él.

Hubo un intervalo de silencio.

—Me está pidiendo un imposible, Sylvia —se quejó Tony.

—Entonces ¿he perdido el tiempo?

Tony la miró. El gesto de decepción que había aparecido en el lindo rostro de Sylvia hizo flaquear su voluntad.

—Esta misma mañana le llamé pirata y qué sé yo cuántas lindezas más —dijo—. Si aparezco por su despacho, me echará a puntapiés.

Sylvia suspiró.

—Sí —admitió—, es preciso reconocerlo. Sin embargo, haga un esfuerzo, Tony. Aunque le den otro puesto.

—Le dije a mi novia que si volvía con Hyllaman pediría que me enviasen a la sección de Embalajes. Ya sabe, meter cosas en cajas, clavar clavos a martillazos y demás.

Ella sonrió.

—Me lo imagino. Pero usted tiene un título técnico, Tony —dijo.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó él, sorprendido.

—Lo sé —respondió Sylvia evasivamente—. Estudió ingeniería tres años y alcanzó un grado menor. Luego se colocó con Hyllaman y empezó a progresar…

—Sospecho que ha tomado informes de mí —dijo el joven.

—Nada más cierto —admitió Sylvia llanamente—. Puede pedir que le envíen como simple operario a la sección de aparatos de precisión.

—¡Hum! Norris, el ingeniero—jefe, es carne y uña de Hyllaman. No sé si querrá admitirme.

—Pruébelo —pidió Sylvia—. Vaya a ver a Norris.

—Muy bien. Supongamos que me admiten. ¿Cuál es mi papel en Precisión?

—Trabajar, simplemente. Y observar.

Tony frunció el ceño.

—Esto se parece sospechosamente a un asunto de espionaje —dijo.

—Puede que haya dicho la verdad, Tony.

—¿Trabaja usted para el gobierno?

—En… cierto modo —contestó la joven.

—Espionaje —repitió él con acento pensativo—. ¿Sólo he de observar lo que sucede en Precisión?

—Nada más, Tony.

—Y comunicárselo a usted.

—Por supuesto… Cuando nos veamos de nuevo.

Tony guardó silencio un momento.

—Muy bien. Acepto… a reserva de que Norris quiera aceptarme —contestó al cabo.

Sylvia sonrió.

—Le aseguro que no tendrá motivos para arrepentirse, Tony —dijo.

—Sylvia, yo sé que Hyllaman no es sujeto de fiar, pero jamás supe que hiciese algo comprometedor, en cierto sentido, usted ya me entiende.

—Sí, le comprendo perfectamente y sé lo que quiere decir. Hyllaman es un pirata, pero además…

—¿Además?

—Ya lo averiguará usted. Tony —dijo ella ambiguamente.

—No quiere franquearse conmigo —se lamentó el joven.

—Si nuestras sospechas no son ciertas, lo que yo pudiera decirle ahora sólo podría causarle perjuicios, Tony.

—Le aseguro que no la entiendo, pero trataré de complacerla. Una cosa, Sylvia.

—Dígame, Tony.

—¿Cómo he… de ponerme en contacto con usted?

Ella sonrió suavemente.

—No se preocupe por esa parte del asunto —respondió. Se inclinó y recogió su bolso—. He de irme, Tony.

—Deje que la acompañe…

—No, por favor —prohibió Sylvia—. No me pasará nada, se lo aseguro.

—Si usted lo dice… Ah, otra cosa, Sylvia. Antes dijo que no podría explicarme… no sé qué, porque yo no la creería. ¿Qué era, por favor?

Ella le tendió la mano.

—Se asombraría demasiado —contestó—. Ya lo sabrá a su tiempo, Tony. Adiós.

Largo rato permaneció Tony inmóvil, reflexionando acerca de cuanto acababa de escuchar. ¿Qué pretendía Sylvia? ¿Cuáles eran sus intenciones con respecto a Hyllaman?

Debería refrescar sus conocimientos sobre la materia, se dijo, abandonados desde que alcanzó aquel alto cargo en la empresa. De todas formas, para efectuar soldaduras, comprobar tensiones de carga y dar vueltas a tuercas, no se necesitaba saber gran cosa.

Lo peor era enfrentarse con Hyllaman, después de lo que había pasado entre ambos. Tendría que bajar la cabeza y... Bien, Sylvia se merecía eso y muchas cosas más.

¿Y Cathy?

Se estremeció. ¿Qué diría su antigua prometida, cuando supiese que de nuevo estaba trabajando con Hyllaman y no precisamente en uno de los puestos más elevados?

Se encogió de hombros. Todavía no estaba readmitido..., todavía, siquiera, no tenía la seguridad de ser recibido por Hyllaman.

Al día siguiente lo sabría todo, fue el resumen final de sus reflexiones.

Y, al día siguiente, en efecto, Nancy, la bonita secretaria privada de Hyllaman le contempló con ojos de pasmo cuando apareció por su despacho, poco después de las nueve de la mañana. Nancy exclamó:

—¡Señor Stuart!

Y Tony, a la vez que emitía una sonrisita de circunstancias, contestó:

—Hola, Nancy. Ya ve, aquí de nuevo otra vez...

—¿Le anuncio al patrón? —preguntó la chica.

—Si no tiene inconveniente, se lo agradeceré.

—Por supuesto, señor Stuart.

Nancy se inclinó sobre el interfono, tocó la palanquita de contacto y dijo:

—Señor Hyllaman, el señor Stuart está aquí y solicita ser recibido por usted.

La respuesta de Hyllaman fue instantánea:

—¡Vaya una cara más dura! ¡Que se vaya a paseo... y que se figure qué hay detrás de la palabra paseo!

CAPÍTULO V

Nancy miró al joven compungidamente y dijo:

—¡Je, je!

Tony enseñó las palmas de las manos.

—Mala suerte, Nancy. Gracias por todo. Adiós.

—Lo siento, señor Stuart.

El joven dio media vuelta. En aquel instante, se oyó el vozarrón de Hyllaman:

—¡Nancy, dígale a ese cretino de Stuart que entre en mi despacho!

Tony miró a la muchacha y volvió a sonreír con cara de condenado a muerte. Ella, después de asentir al mandato de su jefe, cerró el intercomunicador y le deseó buena suerte.

—La necesitaré —contestó él, mientras, hinchando el pecho, se disponía a entrar en la guarida de la fiera.

Hyllaman le contempló, situado detrás de dos cosas: una mesa como una pista de tenis y un cigarro que parecía un garrote. Los ojos del financiero brillaban como ascuas.

—¿Y bien, pollo? —dijo agresivamente.

—Lo siento, señor Hyllaman —manifestó Tony.

—Su puesto está ocupado ya. El señor Albert es un competente empleado que...

—No pretendo tanto, señor Hyllaman —dijo Tony—. Me basta un empleo cualquiera. Necesito..., necesito comer.

—Ah, vaya, el hambre le ha hecho volver a la cordura, ¿eh? —en tono insultante, Hyllaman añadió—: Creo que hay vacante un puesto de limpieza en la nave de Precisión.

Tony se encogió de hombros.

—Si no hay otra cosa... A fin de cuentas, pasearse en la barredora mecánica es un trabajo como otro cualquiera.

Hyllaman pretendía desquitarse, humillándolo, y él lo sabía.

—¿Qué dirá su prometida cuando lo sepa, señor Stuart? —preguntó.

—No creo que le importe mucho —contestó él—. Rompimos el compromiso.

—En lo cual, Cathy ha dado muestras de gran sensatez. Sería una estúpida si le aceptase de nuevo.

—La ruptura fue definitiva, señor Hyllaman.

—Por suerte para ella. Bien, no quiero que digan de mí que soy

un sujeto desalmado. El puesto de limpieza en la nave de Precisión es suyo. Vaya a ver a Norris; ya tendrá la noticia cuando llegue usted allí.

—Sí, señor Hyllaman. Muchas gracias, señor Hyllaman.

—Eso es todo. Adiós, Stuart.

Tony se encaminó hacia la puerta. Antes de llegar a ella, Hyllaman le llamó:

—¡Stuart!

—Dígame, señor Hyllaman.

—¿Dónde consiguió usted esa fenomenal habilidad de ventrílocuo?

—Lo aprendí en un curso que seguí por correspondencia, señor Hyllaman.

—¡Caramba! —resopló admirado el orondo individuo—, Nunca supuse que esas cosas se aprendieran por correspondencia. Dejando aparte las insensateces que profirió, lo hace usted muy bien.

—Muchas gracias, señor Hyllaman.

—¡Pero no emplee sus habilidades cuando esté en el trabajo, o el señor Norris le echará a puntapiés! Y yo no podría contradecir su decisión, ¿me ha comprendido?

—Perfectamente, señor Hyllaman. Muchas gracias.

Tony salió del despacho y miró a la secretaria.

—¿Le ha admitido? —preguntó Nancy.

—Sí. Voy a hacerme cargo de una barredora mecánica.

—¡Pobre señor Stuart! —se condolió la chica—. Lo siento muchísimo.

—Al menos, podré comer caliente tres veces al día —sonrió Tony—. Adiós, Nancy.

—Adiós, señor Stuart.

Un cuarto de hora más tarde, Tony estaba frente a Lem Norris, ingeniero—jefe de la sección de Precisión.

Norris era un sujeto menudo, vivaz, con cara de sátiro y cejas curiosamente frondosas, que parecían sendos apéndices pilosos que sobresalían casi dos centímetros de la frente. Sus ojos eran diminutos y parecían bolitas de acero. Pero Tony sabía que poseía una inteligencia privilegiada y que pocos serían capaces de dirigir la división de Precisión como lo hacía él.

—Vaya, vaya —dijo Norris cáusticamente, cuando lo tuvo frente

a sí—, de modo que el hijo pródigo vuelve al redil, ¿eh?

—Así es, señor Norris —contestó el joven, sonriendo tristemente.

—Bueno, la diferencia de alto ejecutivo a barrendero no es demasiada; todo consiste en que antes le barrían a usted el despacho y ahora tendrá que barrérmelo a mí, además de tener la nave en constante estado de limpieza. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor Norris.

—Y no cometa fallos, o le echaré a patadas. Yo no soy tan considerado como Hyllaman, ¿estamos?

—Sí, señor Norris.

—Vamos, ¿a qué espera? En el vestuario encontrará trajes de faena. Póngase a trabajar inmediatamente.

—Sí, señor Norris.

Minutos después, Tony se había enfundado un mono de color gris claro, con el nombre de Hyllaman en la espalda. Montó en la barredora mecánica y puso en marcha el motorcito eléctrico que la hacía funcionar.

La nave de Precisión era enorme, más de trescientos metros de longitud por la mitad de ancho. Tony sabía que se construían allí delicadísimos aparatos, muchos de los cuales iban a parar a las naves espaciales. Algunos de aquellos aparatos realizaban mediciones de hasta la millonésima de milímetro o de grado, según se destinasen a medir distancias o temperaturas.

El silencio era casi absoluto y la barredora no hacía ruido. Sentado en el puesto del conductor, Tony empezó a dar vueltas por la nave, en donde la temperatura y el grado de humedad eran perfectamente controlados, con escasísimas variaciones. Algunos de los aparatos de medición se habrían visto descompensados o desajustados si la temperatura hubiese variado en más de un grado o si la humedad hubiera sobrepasado en un cuarenta por ciento.

Potentes aparatos regulaban la ambientación de la nave, a la vez que cuidaban de mantener una atmósfera siempre limpia. Había cientos de operarios, todos ellos altamente calificados, vestidos con impolutos monos de color gris claro. Las cadenas de distribución se encargaban de que las piezas de cada montaje llegasen a su destino sin interrupción.

Además de las ruedas con cepillos, la barredora disponía de un suplemento de aspiradora de polvo, que Tony podía manejar desde

su puesto por control remoto o a brazo si era necesario. Sobraban muchos fragmentos de metal y de aislante que eran arrojados al suelo y que debían ser recogidos en el menor tiempo posible.

Algunos de los operarios conocían a Tony y se sintieron asombrados al verle allí. Tony hizo cada vez un encogimiento de hombros, como diciendo: «¿Qué queréis, chicos? Así es la vida», y continuó su labor.

A media tarde observó un detalle que le extrañó un tanto: había muchos operarios nuevos, a los cuales él no conocía. El movimiento de personal en las empresas Hyllaman no era abundante. En medio de todo, Hyllaman pagaba bien a sus empleados.

La gente podría llamar pirata a Hyllaman, con bastante razón, pero no solían estar descontentos en lo referente a la paga. Hyllaman dedicaba sus habilidades piratescas a los competidores, principalmente.

Dio de lado el detalle y continuó trabajando. A las cinco sonó el timbre que indicaba el fin de la jornada y condujo la barredora a su sitio. Algunos de los técnicos continuaron su labor; no era raro que más de uno se quedase para dar cima a algún aparato inconcluso durante el día.

Tony se cambió de ropa y abandonó la nave. Su obligación no alcanzaba a quedarse fuera del horario marcado. Tomó el coche y se dirigió a su casa.

Delante de la puerta de su piso, tumbado en el suelo, había un gran perro danés de color canela claro. Al verle, el perro levantó la cabeza y meneó el rabo.

—Hola, Tony —saludó el animal.

Tony estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¿Quién… eres? —preguntó.

El perro se incorporó, desperezándose.

—Mi voz ha cambiado un tanto y no digamos el cuerpo, pero soy el mismo: Juan…, bueno, ése es mi nombre fuera de la Tierra. Aquí soy Typh, Tony.

—¡Typh! —resopló el joven.

—El mismo que ladra y se rasca las pulgas —contestó el can de buen humor—. Pero ¿no te parece que estaríamos mejor ahí adentro que no conversando como dos tontos en el pasillo?

—Sí, claro… ¡Dios mío! Typh, no lo puedo creer…

Entraron en la casa. Tony tuvo que tomarse una copa. ¿Cómo había vuelto Typh? Pero ¡si él mismo le había visto muerto, sangrando por sus heridas…!

—Te extraña verme de nuevo, ¿verdad? —dijo el perro.

Tony se dejó caer en un sillón.

—Estoy aturdido, simplemente —contestó.

—Ya. Tú me viste muerto… y ni siquiera tuviste la delicadeza de hacer que me enterrasen, lo cual, en medio de todo, resultó altamente beneficioso para mí.

—Typh, aquellos tipos me golpearon en la cabeza —se excusó Tony—. Intervino la policía… y, además, estaba aquella chica…

—Sí, lo recuerdo perfectamente —admitió Typh—. Tony, siento haber tardado tanto. Estuve buscando un cuerpo que se acomodase a mis especiales características. Eso me retrasó bastante.

Tony contempló al animal con sincero asombro.

—Así, pues, ¿las balas no te…?

—Sólo alcanzaron a mi envoltura terrestre. Pero, claro, no me iba a escapar habiendo gente de por medio. Tuve que esperar a la noche…, mi aspecto normal no es agradable a los ojos terrestres, lo reconozco… Luego me ha costado un poco encontrar este perro…

—Pero… ¿no podrías adoptar la figura de un ser humano cualquiera? —preguntó Tony.

—Lo siento —respondió el animal—. Si lo hiciese, su mente y la mía se fundirían y la mía predominaría sobre la del humano, obligándole a hacer cosas que tal vez no querría hacer en estado normal. No sería decoroso ni correcto, ¿entiendes?

—Sí, desde luego.

—El perro carece de racionalidad. A fin de cuentas, no podemos olvidar que es un animal. Al entrar yo en su cuerpo, me apodero de su mente irracional y la elevo a un plano muchísimo más alto que lo que elevaría la mente de un humano cualquiera. La diferencia entre vosotros, los terrestres, y nosotros, en el sentido mental, no es tanta.

—Sí. Y ¿qué más?

—Pues…, nada, que aquí me tienes, a tu lado, para ayudarte en cuanto necesites. Me has caído simpático, Tony. ¿No te lo había dicho antes?

—Sí, creo que sí. Pero… no veo qué clase de ayuda puedes prestarme, Typh.

A Tony le pareció que el perro le sonreía maliciosamente.

—Por supuesto —dijo Typh—, no lo hago por pura filantropía, ya que espero obtener un beneficio de mi ayuda... Filantropía no está bien dicho en el caso de un animal, ¿verdad? —consultó ansiosamente.

—Bueno, no te preocupes demasiado por la semántica —sonrió Tony—. Bien, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Aquellos dos tipos que querían robar a la chica... ¿No te gustaría localizarlos?

—Y, una vez localizados, ¿qué haría yo con ellos? —quiso saber el joven.

—Bien, lo primero consiste en encontrarlos. Después... que ellos nos digan cuáles son sus propósitos, ¿no te parece?

Tony suspiró.

—Me gustaría mejor encontrar a otra persona —dijo.

—¡Hombres! —refunfuñó el can—. Siempre andan suspirando por una chica bonita.

—Es nuestro destino —contestó Tony filosóficamente—. Supongo —añadió—, que ahora no nos vamos a echar a la calle para empezar a buscar a dos tipos de los cuales ignoramos todo, salvo que no son nada remisos en usar las armas de fuego.

Typh se tendió sobre la alfombra.

—Tenemos tiempo —dijo—. Empezaremos mañana, Tony.

—Después de mi jornada de trabajo.

—Como tú mandes, amo.

—Pero con una condición —le advirtió el joven.

—Aceptada —repuso Typh sin vacilar—, ¿Cuál es?

—Que no me metas en un compromiso. Por favor, Typh, no hables cuando tengamos gente delante. Me pones en unas situaciones terribles, ¿comprendes?

Typh meneó la cola en señal de asentimiento.

—Procuraré dominarme, Tony —prometió.

CAPÍTULO VI

La jornada de trabajo del día siguiente transcurrió durante la mayor parte sin novedad alguna. Norris ignoró a Tony y, por su

parte, el joven se limitó a cumplir estrictamente con su obligación. A punto de terminar, sin embargo, ocurrió un incidente que le hizo reflexionar muchísimo.

Pasaba con la máquina por detrás de una larga bancada donde una docena de especialistas montaban delicados instrumentos de precisión cuando, de repente, a uno de ellos se le cayeron unos alicates al suelo.

Tony contempló la escena como algo enteramente natural. Lo que sucedió a continuación ya no fue tan natural.

Parecía lógico que el hombre se agachase para recoger los alicates. En lugar de ello, se limitó a estirar el brazo para alcanzar la herramienta sin necesidad de variar de postura.

Los ojos de Tony se desorbitaron durante unos instantes. En fracciones de segundo, aquel brazo había duplicado su longitud. Los dedos asieron los alicates y el brazo se encogió nuevamente, quedando con sus dimensiones normales.

Tony siguió adelante. ¿Había visto visiones?, se preguntó.

Norris le dirigió una mirada atravesada. Tony se percató de que el ingeniero le había visto cuando miraba al operario del brazo retráctil. Siguió adelante. ¿Qué sucedía en Precisión?

Llegó a su casa notablemente conturbado. De no haber sido porque tenía el precedente de Typh, habría creído en una alteración de sus facultades mentales.

¿Había seres de otro mundo en la fábrica de Hyllaman?

Typh le aguardaba con impaciencia.

—¿Salimos? —preguntó el animal.

Tony procuró olvidar el incidente.

—¿Cómo localizaremos a los dos pistoleros? —preguntó.

—¡Tony, por favor, soy un perro y tengo un magnífico olfato! —protestó Typh.

—Ah, es cierto, lo había olvidado. Cuando quieras.

Amo y can salieron a la calle. Typh husmeó el ambiente unos momentos y luego rompió a caminar en una determinada dirección.

La marcha de Typh era resuelta. A Tony le costaba seguirle en ocasiones. Recorrieron gran parte de la ciudad, hasta detenerse delante de un edificio de aspecto corriente.

—Aquí es —dijo Typh.

Tony estudió la casa.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En uno de los pisos, no sé cual. Pero lo sabremos inmediatamente. ¡Vamos!

Typh cruzó la acera resueltamente y se adentró en el edificio. Tony le siguió con bastantes aprensiones.

El animal se detuvo ante una puerta del tercer piso. Miró a Tony y le hizo una señal con la cabeza. Tony tragó saliva.

—¿Y si usan sus armas? —dudó.

—Una vez me cogieron por sorpresa —respondió Typh—. No sucederá ahora lo mismo. Anda, llama.

Tony presionó el botón del timbre. La puerta se abrió a los pocos momentos. Tony reconoció en el acto a uno de los pistoleros.

—Hola —saludó amablemente.

El pistolero le contempló con recelo. También le había reconocido.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—Lo primero de todo, conocer su nombre, amigo —dijo Tony.

—Goody, nada más. Si viene a buscar jaleo, empiece —le desafió el individuo.

Tony frunció el ceño.

—Goody, quiero saber por qué querían raptar a la chica —dijo.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, el pistolero retrocedió tres o cuatro pasos violentamente.

—¡Eh! —protestó—. ¡No me empuje!

Tony respingó.

—Yo no le he tocado siquiera —dijo.

—Vamos, entra —susurró Typh.

Tony y el perro cruzaron el umbral. Goody sacó la pistola y disparó una vez.

La bala se detuvo a un metro de la boca del cañón y luego cayó al suelo inofensivamente. Goody contempló el arma con ojos de pasmo.

—¡Rayos! —dijo.

—Eso es porque usted no ha apretado el gatillo con la debida fuerza —indicó Tony amablemente—. Cuanto más se aprieta, más lejos va la bala.

El pistolero volvió a disparar. Esta vez, el proyectil describió un rizo vertical y se detuvo a un palmo de su frente.

Tony comprendió que todo aquello sucedía debido a los misteriosos poderes mentales de Typh. Decidió aprovecharse de la situación.

—Si suelto la bala, le atravesaré la frente —dijo. Alargó la mano —. Déme su inútil pistola.

Goody cedió sin resistencia. Tony le señaló un sillón.

—Siéntese ahí. Tendré la bala permanentemente apuntada a su cabeza. Si no me gustan sus respuestas, la soltaré. ¿Ha comprendido?

Goody tragó saliva ruidosamente.

—Sí… ¡Es usted un brujo! —dijo, gimiendo de terror.

—Bueno, considerando que no invoco a los poderes malignos, la palabra es quizás un poco fuerte, pero no discutiremos por calificación más o menos. ¿Dónde está su compinche?

—¿Leach? Ha salido…

—¿Quién les ordenó raptar a la chica?

Goody apretó los labios.

La bala se acercó a su frente dos centímetros. Goody pegó un chillido de pánico.

—Fue… un hombre bajo, pequeño…, de cejas muy espesas… —declaró a punto de echarse a llorar.

—¡Norris! — resopló Tony.

—¿Le conoces? —preguntó el perro.

—Sí, claro.

Goody miró al animal.

—¡Está hablando! —chilló.

—No, yo soy ventrílocuo —mintió Tony—. ¿Por qué quiere Norris raptar a la chica?

—No lo sé. Simplemente… nos pagó para ello.

—Bien, después de raptarla, tendrían que llevarla a algún sitio, ¿no es cierto?

Goody asintió.

—Sí, a una casa que nos indicó a veinte kilómetros de la ciudad…

—¿Dónde está la casa? Si no sabe explicarlo, trace un esquema en un trozo de papel. ¡Ahora —dijo, confiando en la discreción de Typh— la bala se apoyará en su nuca!

En efecto. La bala describió un círculo completo y se situó en la

base del cráneo del rufián.

Goody se puso en pie de un salto, loco de miedo. Buscó papel y lápiz y trazó un rudimentario esquema, que luego acompañó con algunas sucintas explicaciones.

Tony dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo. El pistolero se había quedado sumamente abatido.

—No sé qué hacer con usted —dijo Tony—. Debiera entregarle a la policía, pero lo soltarían en seguida, por falta de pruebas. De todas formas, le daré un consejo: no toque a esa chica o le partiré el cuello con mis propias manos. ¡Y no mencione mi visita! ¿Está claro?

Goody asintió. La bala que flotaba en el aire le infundía un miedo cerval.

—Vámonos, Tony —dijo el can.

El proyectil volvió a situarse de nuevo ante la cara de Goody. De pronto estalló como un petardo, aunque sin excesivo ruido, lanzando un chorro de agua teñida de verde al rostro del sujeto. Goody cayó de espaldas, presa de un incontenible ataque de nervios.

Tony y Typh salieron de la casa.

—Tienes unos poderes extraordinarios —dijo el joven, admirado.

—¡Psé! Una cosa corriente, sin exagerar. Tendrías que ver a algunos de los habitantes de mi mundo; esos sí que son maravillosos —declaró Typh.

—¿Todavía te superan?

—Ya te digo que mis poderes son de lo más corriente —replicó el animal—. Pero no hablemos de mí, sino de la casa a la cual pensaban llevar a Sylvia Wenck. ¿Irás allí?

—¿Qué me aconsejas tú? —preguntó Tony.

—Convendría que echases un vistazo, en efecto.

Tony consultó su reloj.

—Hoy es ya demasiado tarde —dijo—. Según el plano que me ha trazado ese tipo, son veinte kilómetros y me imagino que será conveniente llegar por la noche. Iremos mañana, en cuanto haya terminado mi trabajo. ¡Quién iba a decir que Norris...!

Esta vez, Typh no dijo nada. Ya estaban en la calle.

Tony observó el silencio del animal y, para no alarmar a los

transeúntes, prefirió callar también.

El regreso les costó bastante, dado que tuvieron que hacerlo a pie. No era posible meter al animal en un taxi. Tony, por otra parte, se sentía preocupado. ¿Qué motivos tenía Norris contra Sylvia?

Cuando entraron en la casa, Tony preguntó:

—Dime, Typh, ¿sabrías tú encontrar el paradero de Sylvia?

—Por supuesto —respondió el animal—. Pero no iremos a donde está ahora.

—¿Por qué? —preguntó Tony.

—Porque ella no quiere.

—Y ¿cómo sabes tú que ella no quiere que la encontremos?

—¡Oh, pareces un chiquillo terrestre! He sondeado su mente, eso es todo.

Aquellas palabras hicieron concebir al joven una sospecha.

—Typh, me parece que tú no encontraste la casa de Goody por el olfato —dijo.

—Eres muy listo, amo —contestó Typh—. Todavía me cuesta trabajo, en efecto, habituarme a los olores que percibiría un can terrestre. Es una clase de sensaciones que me conturban no poco y me cuesta trabajo aislarme de ellas. Encontré la casa de Goody lanzando dardos mentales en todas direcciones.

—Typh, yo no entiendo mucho de esto, pero me parece que no resulta correcto sondear la mente de otra persona.

—Lo sé. Pero ni siquiera en el caso de Goody, que podría estimarse justificado, he intentado penetrar en su mente; simplemente, me limité a localizar su situación... como tú, más o menos, localizarías a una persona conocida en la noche por el sonido de su voz.

—Eso significa que una vez que has visto a una persona, ya conoces... la «voz de su mente».

—Una metáfora sumamente acertada. En efecto, así es, Tony. Naturalmente, la voz de la mente posee un alcance prácticamente infinito, en contraste con la voz sonora, que sólo alcanza unas decenas de metros. Por muchos años que pasen, jamás olvidaré ya en lo sucesivo la «voz de la mente» de cualquier persona con la que haya tenido una relación, por breve que ésta haya sido.

Tony asintió en silencio. ¿De qué fabuloso mundo había llegado aquel ser que se escondía en el cuerpo terrestre de un perro?

—Oye —dijo al cabo de unos momentos—, ¿y no podrías... penetrar en la mente de Norris... para conocer sus... propósitos?

Typh hizo un signo negativo.

—Puedo, pero no lo haré.

—¿Por qué?

—No sería ético... —Typh se interrumpió de pronto—. Viene alguien, Tony —advirtió.

El joven miró a Typh con asombro. Casi en el acto, llamaron a la puerta.

—No temas —le tranquilizó el animal —. Abre, es amigo.

CAPÍTULO VII

El visitante de Tony, en efecto, era amigo. Tratábase de un hombre de unos cuarenta años, de estatura media, con tendencia a la obesidad y que, en aquellos momentos, parecía un tanto preocupado y nervioso.

Tony le conocía bastante bien. Era Harald Gorch, uno de los jefes de montaje en la división de Precisión. Al joven le extrañó verlo en su casa a tales horas.

—¡Gorch! —exclamó—. ¿Qué le sucede? Pase, por favor —invitó —. No tema, el perro es muy pacífico.

—Sí..., sí, señor Stuart —contestó el visitante, mientras volteaba con las manos el sombrero de manera incesante—. Siento molestarle a estas horas, pero...

—Vamos, vamos —dijo Tony con acento persuasivo—. Cálmese, Gorch. Venga y se tomará una copa conmigo. Le sentará bien. Está nervioso, ¿verdad?

—Como no se lo puede figurar —respondió el hombre, sentándose en el borde de un diván—. Las cosas que están pasando en la fábrica...

Tony llenó una copa y se la entregó.

—No se precipite, Gorch, yo no tengo prisa —dijo—. Procure tranquilizarse, eso es lo primero.

Gorch tomó un par de sorbos de licor. Luego miró al joven con expresión de lástima.

—¿Qué le pasa, señor Stuart? —preguntó—. Usted era uno de

los altos directivos de la compañía y… ayer le vi manejando una barredora mecánica…

Tony sonrió.

—Gorch, hay que llenar la tripa tres veces al día —contestó—. Es el único empleo que el señor Hyllaman encontró para mí.

—¡Ese condenado tiburón! —masculló el hombre rencorosamente—. Señor Stuart, he venido a verle, porque ya no sé a quién acudir. Usted es de los pocos tipos sensatos que hay en la empresa y creo que no me considerará como un chiflado. Allí, en Precisión, están pasando cosas rarísimas. ¡Hay veces en que creo que me han trasladado a otro planeta, se lo juro!

Tony contuvo un gesto de sorpresa. Procuró disimular; era mucho mejor que Gorch se explayase por sí mismo.

—No será para tanto, Harald —dijo, llamándolo por su nombre.

—¿Que no? Mire…, lo primero de todo son los cacharros que ahora se fabrican allí. Yo llevo veinte años montando aparatos de precisión y le aseguro que jamás he visto una cosa semejante. No sé para qué sirven y, lo que es más, ni siquiera soy capaz de averiguar su posible utilidad. Me dan el esquema y los materiales, monto el artefacto… y eso es todo.

—¿Nada más, Harald?

—¿Le parece poco? Estamos fabricando cosas que no se sabe para qué sirven, que se llevan de la fábrica sabe Dios cuándo para unos clientes que nadie sabe si existen. Esto lo primero, como digo. Lo segundo…

Gorch se pasó una mano por la cara. Tony volvió a llenarle la copa.

Al cabo de un momento, el hombre continuó:

—Casi cada día, entra personal nuevo. Siete u ocho, como máximo…, pero la media es de seis al día. Los antiguos van siendo transferidos a otras divisiones de la empresa y sustituidos por los nuevos…, cualquier día me tocará a mí el turno y por eso he preferido venir a verle antes de que sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde, ¿para qué, Harald?

Gorch bebió nerviosamente. Luego dijo:

—Esos tipos son todos muy parecidos. Bueno, no es que tengan las caras iguales: los hay con el pelo rubio, otros lo tienen negro…, algunos tipos tienen la piel de color…, pero, si ve a dos rubios de

espaldas, creería en el acto que son gemelos. ¡Todos tienen la misma complexión física!

Tony asintió. Era cierto. Ya había notado él algo raro en algunos de los operarios que trabajaban en Precisión, pero no había sabido captar el detalle —independientemente del hombre que había estirado su brazo hasta el suelo—, hasta que Gorch se lo hizo notar.

—Bueno —dijo evasivamente—, serán nuevas normas de la empresa, ¿no le parece?

—Señor Stuart, éste no es un trabajo que exija fuerza física, sino habilidad y pericia —manifestó Gorch—. No veo por qué han de llenar la división con seiscientos tipos que parecen boxeadores..., quitando de sus puestos a tipos en los que se podía confiar plenamente.

—¿Es que los nuevos lo hacen mal?

—Nada de eso. Todo lo contrario; actúan con una rapidez endiablada... y montan un aparato en la mitad de tiempo que el más experto. Pero no sé, cada vez que miro a uno de ellos, siento una rara angustia... ¿Qué se propone el señor Hyllaman?

—¿Hyllaman... o Norris, Harald?

—Lo mismo da. Norris dirige la división, pero no haría eso sin consentimiento de Hyllaman, creo yo.

—Sí, eso parece —convino Tony—. De todas formas, Harald, lamento no poder ayudarle. En la empresa soy yo ahora el último mono.

Gorch asintió tristemente.

—Esperaba que me hubiese dado algún consejo —murmuró decepcionado.

—Sólo puedo decirle que tenga paciencia. ¿Perderá cuando le cambien?

—En lo que se refiere a sueldo, no; pero un hombre, muchas veces, no trabaja sólo por el sueldo, señor Stuart.

—Comprendo. Mire, Harald, quizá dentro de algunos días dejen de admitir nuevo personal. No se preocupe más; olvídelo..., haga su trabajo y deje que otros carguen con las responsabilidades. A fin de cuentas, la empresa no es suya y no parece que, por ahora, vaya a quebrar.

Gorch se puso en pie.

—Sí, tendré que tomármelo con más calma —admitió—. Gracias

por haberme escuchado, señor Stuart.

—A su disposición siempre, ya lo sabe —contestó el joven, mientras acompañaba a su visitante hasta la puerta.

Una vez hubo cerrado, se volvió y miró a Typh.

—¿Qué opinas tú? —preguntó.

—La clave de este asunto está en la casa a la cual iba a ser trasladada Sylvia —respondió el can.

—Y ¿qué hay allí? ¿Lo sabes tú?

—Lo sabremos mañana, Tony.

—Ah, luego piensas venir.

—¿Crees que podría perderme esa incursión?

Tony sonrió.

—Eres un tipo simpático —dijo—. ¿Por qué no has adoptado nuestra forma?

—Ya te lo dije. Además me sobraría «sitio». El cuerpo de un perro de gran tamaño me «sienta» estupendamente.

—Ya lo veo. Dime, algunos de vosotros ¿podéis entrar en cuerpos como el mío? ¿O como el de Sylvia Wenck?

—Desde luego. Aun siendo de la misma raza, también somos distintos…, como también vosotros sois distintos en la Tierra. Nuestras diferencias morfológicas, quizá, pueden ser más acusadas, pero no es detalle primordial.

—¿Y… y no podría verte yo… en tu forma normal? —preguntó Tony tímidamente.

Typh meneó lentamente la cabeza.

—No. Aunque te parezca lo contrario, me cuesta bastante «entrar» en el cuerpo de un animal terrestre y también «salir». Aparte de eso, vuestra atmósfera, en mi estado natural, no nos resulta demasiado sana. Podemos aguantar bastante, pero nos resentimos.

—Comprendo —suspiró Tony. Quizás era mejor seguir contemplando a Typh con su aspecto actual de gran danés—. ¡Pero me dijiste una vez que te llamabas un nombre muy corriente, Juan! —exclamó de pronto.

—Pues…, sí, aunque en mi planeta se escribe y pronuncia de otro modo muy distinto, muy enrevesado para vosotros, por cierto. Pero también aquí ese mismo nombre se escribe de cien formas distintas.

—Eso es cierto —reconoció el joven—. ¡Qué cosas! Un ser nacido a decenas de años luz... y llamarse Juan. No se lo creería nadie, Typh.

—No, nadie se lo creería —convino el perro tranquilamente—. ¿Qué, dejamos de hablar y cenamos? Tengo hambre.

Tony sonrió.

—Notas la influencia de tu cuerpo canino, ¿verdad? —dijo—. Bien, ¡a cenar! Mañana será otro día...

Preveía que sería un día muy movido.

Sus aprensiones, sin embargo, no parecieron cumplirse a la mañana siguiente. Todo se desarrolló con entera normalidad durante las primeras horas de la jornada.

Tony observó que, en efecto, los hombres de idéntica complexión corporal abundaban extraordinariamente. Un somero cálculo le hizo ver que más de la mitad eran nuevos.

Gorch tenía razón. Los veteranos estaban siendo relegados a otros puestos de la fábrica. ¿Qué tramaban Hyllaman y Norris? ¿Qué cosa tan secreta estaban construyendo que sólo, según parecía, querían en Precisión gente de confianza?

Una vez, en que la labor parecía haber amainado un tanto, se detuvo y miró a todas partes. De pronto, Norris, surgiendo a su lado como por ensalmo, le preguntó:

—¿Busca usted algo, Stuart?

El joven disimuló la impresión que le causaba la súbita aparición de Norris a su lado.

—No, señor —contestó—. En cierto modo, claro; conocía a un amigo y no le veo... Un tal Gorch, encargado de una de las secciones de montaje...

—Ha sido trasladado a Verificación de materiales —contestó Norris—. Siga barriendo, Stuart.

—Sí, señor.

Tony puso en marcha la máquina nuevamente. Así, pues, los temores que sentía Gorch se habían convertido en realidad. En Verificación de materiales se comprobaba que los que llegaban a la fábrica estuviesen en perfecto estado.

Pero eran piezas por montar todavía... y podían construirse tantas cosas con los materiales que llegaban a las naves de almacenaje.

Pasado mediodía, Tony quiso hacer una prueba.

Uno de los nuevos operarios, un sujeto alto, membrudo, con la piel de color canela, se tocó los bolsillos del mono como si buscase algo.

Tony sacó una caja de fósforos y la lanzó al aire.

—Si busca cerillas, ahí tiene, amigo.

El hombre se agachó con toda naturalidad y le devolvió la caja de fósforos, a la vez que le dirigía una sonrisa amistosa.

—Gracias, pero no fumo, compañero. Buscaba un lápiz, eso es todo.

—Ah —murmuró Tony, defraudado.

¿Se había dado cuenta el tipo de la trampa que le había tendido?

Repitió la operación un par de veces más, procurando espaciarlas y siempre con operarios muy distanciados entre sí. Los dos a quienes arrojó las cerillas se las devolvieron cortésmente, alegando que no fumaban.

Ninguno estiró el brazo; todos se agacharon normalmente. Tony se dio cuenta de que parecía como si alguien les hubiese advertido de la conveniencia de no cometer más deslices.

Una cosa halló en común, además de su corpulencia tan similar, en aquellos sujetos: la voz parecía también la misma en todos. Era una voz gruesa, pastosa, y modulaban lentamente las palabras…, como si les costase un tanto hablar.

—O quizá lo que les cuesta es coordinar bien mentalmente —se dijo.

Pero esto parecía incompatible con la rapidez de sus manos en el montaje de aquellos misteriosos artefactos, cuya utilidad nadie parecía comprender.

CAPÍTULO VIII

A la luz de la luna, Tony contempló desde unos cien metros de distancia, la casa a la cual debía haber sido trasladada Sylvia, tras el rapto que su oportuna intervención había frustrado.

Era un edificio grande, de planta y piso, construido tal vez un siglo antes como residencia de algún rico caprichoso. Estaba rodeado de un extenso jardín, con numerosos árboles, cuyo acceso

quedaba vedado por una tapia de más de dos metros de altura.

Tony se hallaba sobre una pequeña eminencia que le permitía dominar el paisaje. El silencio era absoluto. Ya se oían cantar los primeros grillos del verano.

—No he venido preparado para saltar la tapia —murmuró, al cabo de unos minutos de observación.

—Estoy viendo un árbol cuyas ramas caen sobre el jardín —contestó Typh—. Utilízalo para pasar al otro lado.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí. Cuando quieras.

El joven se incorporó. Percibía una extraña sensación de temor, que no lograba dominar por completo. Se preguntó si no resultaría más sensato dar media vuelta y volverse por donde había venido..., pero un oscuro sentimiento de orgullo le impulsó a seguir hacia adelante.

Dio dos pasos. De pronto, Typh dijo:

—¡Quieto un momento, Tony!

El joven se detuvo. Algo cayó del cielo.

Era un objeto brillante, aunque no en demasía... Parecía una bola del tamaño de una pelota de fútbol, transparente, con una lámpara de poca potencia en su interior. El resplandor era de color azul claro y oscilaba con distintas y poco perceptibles alteraciones en su intensidad lumínica.

La pelota de luz azul cayó sin causar el menor sonido. Tony la contempló durante su trayectoria, que desapareció curiosamente por la boca de una gran chimenea de piedra, adosada a uno de los laterales del edificio.

—¿Qué es eso? —preguntó a media voz.

—Algo —contestó Typh evasivamente —. Algo que...

—¿Que no procede de la Tierra, precisamente?

—Sí.

Tony se estremeció.

¿Una nave espacial?

De pronto, recordó un detalle que le puso los pelos de punta.

¡Los hombres iguales!

¡Una invasión de la Tierra!

Se pasó la mano por la cara. ¡Historias fantásticas, en las que ya nadie creía!

Los tiempos de psicosis de invasiones terrestres por seres nacidos en otros planetas, desatados años atrás cuando las primeras naves alcanzaron la Luna y Marte, habían pasado ya.

La Luna y Marte eran mundos deshabitados, muertos, sin vida, salvo, en el planeta, algunos seres de tipo muy inferior, que subsistían en condiciones dificilísimas.

Pero ¿qué era aquello que caía del cielo?

¿De qué misteriosa y remota estrella llegaba aquel globo de luz azul?

Typh le empujó con el hocico.

—Vamos, Tony.

El joven respiró profundamente al iniciar el descenso de la cuesta. Momentos después, se hallaba al pie del árbol indicado por Typh.

—Sube sin miedo —dijo el animal.

El árbol poseía un tronco grueso y recio. Sus ramas sobresalían un par de metros al otro lado de la tapia. Tony trepó con relativa facilidad, gateó a lo largo de la rama que le pareció más sólida y luego se descolgó sobre un suelo herboso, de relativa blandura.

Cuando sus pies tocaron la hierba, Typh estaba ya a su lado.

—¿Cómo diablos has…? —preguntó, lleno de perplejidad.

Le pareció que el perro sonreía.

—No hagas preguntas y sigue —dijo.

Tony echó a andar. La casa se hallaba completamente a oscuras.

Antes de llegar, bajó otra bola azul. Como la anterior, desapareció por la chimenea.

Llegaron a la puerta de la casa, cuyas luces aparecían totalmente apagadas. Tony exploró la fachada anterior, sin encontrar ningún acceso que le permitiera pasar al interior.

—A menos que rompa un cristal —masculló.

—Busca —dijo el can lacónicamente.

Tony dio una vuelta completa a la casa. De pronto, encontró la puerta trasera, que, según vio momentos después, daba a la cocina.

Cruzó el umbral. La casa parecía desierta. El silencio era absoluto.

No había nadie en la cocina. De repente, Tony se dio cuenta de que veía perfectamente en la oscuridad.

No había ninguna luz encendida, las tinieblas eran totales y, sin

embargo, se movía con una seguridad pasmosa.

—Estoy viendo con los ojos de la mente —se dijo.

Y casi en el acto, supo que, de algún modo, Typh influía en su cerebro. La cosa no le agradó demasiado, pero no era el momento más adecuado para protestar.

Llegaron a un espacioso vestíbulo, de uno de cuyos lados arrancaba una escalera que daba al piso superior. Tony vaciló.

Typh resolvió sus dudas:

—La puerta de enfrente.

El joven siguió su consejo. Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

Daba a un espacioso salón, que era también comedor. En uno de sus lados divisó una gran chimenea de piedra.

Una bola de luz azul descendió a través del cañón de la chimenea, pero no se detuvo allí, sino que continuó su camino. Tony se acercó a la chimenea; había un hueco redondo en el hogar, de unos treinta centímetros de diámetro.

Arrodillándose, tanteó el hueco con la mano. A diez centímetros de la superficie, encontró una superficie de metal, completamente lisa. Era como una especie de válvula de admisión, cerrada en aquellos momentos.

«Lo que sea, está debajo de nosotros», pensó.

—Aquella puerta —dijo Typh.

Tony se incorporó. En el lado opuesto divisó una puertecita de las dimensiones justas para que pudiera pasar una persona. Comprendió que era la que permitía el acceso al sótano.

Cruzó el salón y la abrió sin vacilar. Esta vez sí «vio» luz, y no con la mente, sino con los ojos.

El resplandor, no demasiado intenso, sin embargo, provenía del sótano, al cual se llegaba por una escalera de caracol, de peldaños de piedra bastante amplios y cómodos. Tony emprendió el descenso sin vacilar.

Momentos después, se detenía en el umbral del sótano. Durante largos minutos, contempló el espectáculo con infinito asombro.

El sótano ocupaba una extensión muy superior a la de la planta real del edificio. Tony calculó sus dimensiones en unos ochenta metros de largo por cincuenta o sesenta de ancho.

Había decenas y decenas de lo que parecían sarcófagos de cubierta y laterales transparentes y base opaca, sólida, de una sustancia parecida a la madera, puestos en posición vertical, en largas hileras que iban de un extremo a otro del sótano. Tony calculó que no había menos de doscientos de aquellos extraños artefactos, algunos de los cuales estaban ocupados por seres humanos.

Otros… Cerró los ojos un instante.

Era demasiado horrible lo que estaba viendo.

Cada sarcófago tenía frente a sí, suspendido por una pequeña vigueta saliente, algo semejante a un pequeño proyector cinematográfico, el cual llevaba adosado un foco de iluminación no mayor que el puño de un hombre. No se veía que salieran imágenes del proyector ni luz del foco. Tal vez emitían imágenes y luz

invisibles, pensó Tony.

La temperatura era más bien alta, aunque no sofocante. Tras algunos segundos de vacilación, Tony empezó a recorrer el sótano.

Había algunos sarcófagos vacíos. Un par de ellos tenían en su base sendas bolas de luz azul, las cuales, sin embargo, sólo conservaban el color, pero no el resplandor.

Continuando su camino, vio lo que salía de las bolas. En un principio, era una cosa informe, de color blanco rosado, aunque había algunas de distintos tonos: oscuro y amarillo principalmente, si bien eran las menos. A medida que avanzaban, aquellas cosas iban tomando forma humana, hasta llegar a los sarcófagos donde había seres completamente desarrollados.

Sus rostros eran distintos. Los cuerpos, iguales.

Allí, comprendió Tony, se «fabricaban» los operarios que ahora trabajaban en la división de Precisión.

¿De dónde venían aquellos seres misteriosos? ¿Cómo llegaban? ¿Quién los «importaba»?

Las preguntas se agolpaban en su mente. Sentíase mareado, acometido por vértigos.

Un tenue zumbido se oyó de pronto. Tony dio un salto y se escondió detrás de un sarcófago.

Algo bajó por el sitio correspondiente al hogar de la chimenea. Era una bola azul que, desplazándose suavemente a unos centímetros del suelo, se dirigió hacia uno de los sarcófagos vacíos. La cubierta giró en silencio a un lado, la bola pasó al interior y se depositó por sí sola en la base. La cubierta se cerró de nuevo y entonces la bola perdió su resplandor.

Acababa de llegar un nuevo invasor, se dijo Tony.

Miró al perro.

—¿Qué dices tú, Typh? —preguntó.

—La cosa es mucho más grave de lo que yo mismo creía contestó el animal.

—Y… ¿qué es lo que tú creías?

—Silencio —dijo el can de repente—. Viene alguien. Escondámonos.

Hombre y perro corrieron hasta situarse detrás de uno de los sarcófagos del extremo opuesto a la entrada. Dos sujetos descendían en aquel momento por la escalera.

Uno de ellos era Norris. El otro resultó desconocido para Tony.

Tratábase de un individuo de unos cincuenta años, alto, fornido, de pelo casi blanco y ojos extrañamente claros. Sin saber por qué, Tony presintió que aquel hombre no era terrestre.

—Han llegado algunos más —observó el hombre del pelo blanco.

—Sí, señor Grantland —contestó Norris—. Llegan a un ritmo aproximado de seis a la hora.

—Es poco —dijo el llamado Grantland—. Deberíamos duplicar el ritmo de llegadas. Una por minuto sería lo ideal.

—Entonces no tendríamos suficientes aparatos de reactivación —alegó Norris.

—Los construiremos —afirmó Grantland—, En seis meses debemos estar preparados para recibir un envío por minuto.

Se inclinó y examinó uno de los sarcófagos donde la bola azul se había convertido en un montón de carne informe.

—Esto marcha — dijo satisfecho.

—Aún podría ir mejor —manifestó Norris.

Grantland asintió.

—Sí —convino—. La desaparición de esa chica ha constituido un grave contratiempo para nuestros planes. De todas formas —agregó —, cierto retraso no significa un fracaso total.

Recorrió unos cuantos sarcófagos más y se detuvo ante uno de ellos, donde se divisaba a un hombre en completo estado de desarrollo.

—¿Está listo? —preguntó.

—Sí —contestó Norris.

Grantland abrió la tapa. Palpó con ambas manos el cuerpo del individuo y luego ordenó:

—Tráigale ropa, Norris.

—Al momento.

El ingeniero se marchó, para volver a poco, con un brazado de prendas en la mano. Grantland manipuló ligeramente en el foco de luz y luego hizo chasquear sus dedos.

—Vamos, muévete —dijo.

El hombre dio dos pasos fuera. Norris le entregó las ropas.

—¿Sabes cómo ponértelas? —preguntó.

—Sí —contestó el sujeto con voz grave y pastosa.

Se vistió en unos segundos. Norris tenía en la mano una billetera a medio abrir y leía algo incluido en ella.

—Te llamas William (Bill) Karpenn —dijo—. Tienes veintiocho años, eres soltero y no conoces a nadie en esta ciudad, ni tienes amigos. ¿Has comprendido?

—Sí —repuso el «recién nacido».

—En esta billetera tienes algún dinero y las instrucciones precisas para actuar. Ya las has recibido durante tu proceso de transformación por medio del proyector, pero ahora conviene que te enteres de ellas personal y conscientemente.

—Entendido.

—Mañana, a las ocho, estarás en la puerta del recinto de las Empresas Hyllaman. Hay un control, servido por dos hombres. Cita tu nombre y ellos te indicarán a dónde debes ir. No hables demasiado, limítate a lo imprescindible.

—Comprendo.

—Eso es todo. Ahora sube al piso superior y espera las últimas órdenes.

—Muy bien — contestó Karpenn, a la vez que echaba a andar hacia la salida con paso grave y mesurado.

Norris y Grantland quedaron allí durante una hora más En aquel espacio de tiempo, Tony vio llegar seis o siete globos de luz azul y vio también «nacer» casi una docena de nuevos individuos.

Creía estar soñando, pero se hallaba despierto y bien despierto. Lo que estaba viendo, se dijo, era ni más ni menos que la invasión del planeta por unos seres de raza y procedencia desconocidos.

CAPÍTULO IX

Norris y Grantland se marcharon pasada una hora. Sólo entonces Tony se atrevió a salir de su escondite.

—¿Estoy soñando, Typh? —preguntó.

—Nada de eso —contestó el perro—. Parece una pesadilla, pero es una auténtica realidad.

—Me dan ganas de destruir todo esto. ¡Son invasores de mi planeta! —exclamó el joven.

—No hagas tal —aconsejó Typh—. Todavía tienes que conocer

el resto de lo que ocurre.

—¿No resulta bastante con lo que estoy viendo?

—Por ahora, opino, la cosa no es demasiado grave. Aquí hay unos doscientos en trance de transformación y unos tres o cuatrocientos más en la fábrica. El número no es demasiado elevado.

—Pero si tenemos en cuenta que llegan a razón de seis por hora, como mínimo..., ello representa una cifra de casi ciento cincuenta por día.

—La mitad, puesto que, según parece, sólo llegan por la noche.

—Aunque sea así, setenta y dos cada noche... Son muchos al cabo del año, Typh..., y la invasión de la fábrica no se realiza a un ritmo tan acelerado

—Están empezando —alegó el can—. Pero que se proponen algo, es evidente. ¿Recuerdas que mencionaron a tu chica?

—¿Sylvia? Ella no es... Sí, la mencionaron. ¿Por qué, Typh?

—Imagino que Sylvia, en un principio, estaba de acuerdo con ellos. Luego, por las razones que fueran, les abandonó. Primero quisieron que volviera a su lado empleando la persuasión, pero cuando ella insistió en sus negativas, pasaron a procedimientos menos suaves.

Tony asintió. Recordó la primera vez que había visto a Sylvia, después del parque, en el bar de Kenny. Las deducciones de Typh parecían correctas.

—¿Para qué la necesitan? —preguntó.

—Sólo ella puede explicarlo, Tony —respondió el can.

Tony lanzó una mirada a su alrededor.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó.

—Llegan seres del espacio, procedentes Dios sabe de dónde, y en esta incubadora se transforman en terrestres, eso es todo lo que puedo decirte.

—Yo creí que serían «paisanos» tuyos —dijo Tony.

—No. Yo procedo de un mundo distinto y mis propósitos son asimismo distintos, como lo es también la forma de trasladarme. Simplemente, hemos coincidido.

—Entiendo. ¿Qué hacemos, Typh?

—Marcharnos —aconsejó el perro—. Por ahora, esto no parece encerrar un grave peligro.

—Pero ellos han hablado de aumentar el ritmo de llegadas a una por minuto. Eso significaría… ¡más de medio millón por año! —exclamó Tony, asustado.

—Repito que no hay peligro por ahora. Además ellos mismos se darán cuenta, si no lo han advertido ya, de que están a punto de tropezar con un grave inconveniente.

—¿Cuál, Typh?

—La semejanza física entre los transformados. Las caras son distintas, pero no los cuerpos. En tres o cuatrocientos tipos, la cosa no se nota demasiado, pero, si su número aumenta, pueden producirse sospechas, lo cual, como es lógico, les interesa evitar.

—Al parecer, Sylvia puede evitar ese inconveniente.

—Así lo creo yo —admitió Typh—, aunque es preciso que hablemos con ella para que lo confirme o se niegue. Vámonos ya, Tony.

El joven asintió. Se dirigieron a la escalera y salieron del laboratorio, en el intervalo entre las salidas de dos de los «recién nacidos», para no ser vistos.

El resto de la casa continuaba en la oscuridad. Tony percibió la influencia mental de Typh, que le permitía una fácil visión en las tinieblas. De este modo, pudieron abandonar el lugar sin el menor obstáculo.

Una vez al otro lado de la tapia, caminaron hasta el automóvil, que Tony había dejado a prudente distancia de la casa. Minutos después, emprendían el regreso hacia la ciudad.

Llegaron a casa. Había pasado ya la media noche y Tony se sentía cansado, aunque excitado por todo lo que había visto. Se quitó la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Typh se había echado sobre la alfombra cuan largo era y, aun en su figura canina, parecía meditar profundamente.

Sonó el teléfono.

Tony contempló el aparato unos instantes. Typh dijo:

—Cógelo. Es Sylvia.

El joven se abalanzó sobre el teléfono. Instantes después, oía la voz de la muchacha.

—¿Tony?

—Sí, el mismo, Sylvia. ¿Cómo está?

—Le he llamado muchas veces durante la tarde y la noche —

manifestó ella—. ¿Qué le ha pasado?

—Es un poco largo de contar —respondió Tony—. ¿Dónde se encuentra ahora? ¿Puedo ir a verla?

Sylvia pareció dudar un instante.

—No, todavía no —Tony dejó escapar una exclamación de lástima y ella agregó—: Tenga un poco de paciencia, se lo ruego. ¿Ha vuelto con Hyllaman?

—Sí, ahora soy uno de los barrenderos, pero en Precisión, como usted me aconsejó.

—Vaya —se asombró la muchacha—. No creí que le diesen un puesto tan bajo. Se ve que Hyllaman es rencoroso.

—No lo hubiese aceptado, de no ser por usted, Sylvia.

—Gracias, Tony. Me imagino cuánto le ha costado rebajarse, pero no le importe. Su labor es muy interesante, créame.

—Desde luego —sonrió Tony—. Estoy viendo y oyendo cosas que jamás habría imaginado. ¿Qué sucede, Sylvia?

—Pronto lo sabrá, Tony —contestó la joven.

—Eso espero. ¿Sabe que Norris y un tipo llamado Grantland la están buscando como locos?

—Me lo imagino —admitió Sylvia tranquilamente—. Por ahora, sin embargo, estoy bien escondida.

—Lo celebro. Oiga, ¿sabe que he estado en el sitio a donde querían llevarla después del secuestro?

Hubo un momento de silencio. Luego Sylvia dijo:

—Tony, no debería haber hecho una cosa semejante.

—Lo siento, pero lo creí mi obligación. Quise saber qué había en la casa a la cual querían conducirla sus secuestradores.

—Y ha visto lo que hay allí, ¿verdad?

—Lo he visto... y siento escalofríos cada vez que lo recuerdo.

—Es fácil suponérselo. Bien, Tony, de todas formas, ya está hecho y no se lo puedo reprochar. Le llamaré en otro momento.

—¡Aguarde un poco! —pidió Tony—, Quiero hacerle una pregunta.

—Hable —invitó la joven.

—Sylvia, ¿es usted terrestre... o ha nacido en otro planeta?

Ella rió suavemente.

—¿Qué diría usted si contestase afirmativamente a la segunda parte de su pregunta, Tony?

—Mire usted, yo no soy xenófobo precisamente, pero con tal de que su forma actual sea la auténtica…

—Entiendo —dijo Sylvia—. Puede estar seguro de que no poseo otro cuerpo y que mi figura es… enteramente terrestre.

—Pero no su origen.

—Usted ha dicho que no es xenófobo —le recordó Sylvia—. Adiós, Tony.

Y colgó.

Tony devolvió el aparato a su horquilla. Miró al perro.

—¿Qué me cuentas, Typh? —preguntó.

—Es una buena chica.

—¿Nada más?

—¿Puede pedir algo más un hombre de tu clase?

Tony sonrió.

—Evidentemente, no, salvo satisfacer su curiosidad —respondió.

—Todo llegará por sus pasos contados —dijo Typh filosóficamente—. Me siento cansado. Voy a dormir.

Tony bostezó.

—Los dos lo estamos necesitando —murmuró, mientras empezaba a desabotonarse la camisa.

La siguiente jornada de trabajo transcurrió sin incidentes. Tony pudo percatarse de que el número de operarios nuevos había aumentado ligeramente.

Pensó en ir a ver a Hyllaman y contarle lo que ocurría, pero desechó la idea. Tal vez Hyllaman estaba por completo de acuerdo con Norris y Grantland.

Regresó a su casa. Apenas había llegado, recibió una visita inesperada.

Era el señor Holmes, padre de Cathy. Parecía muy irritado.

—Me han dicho que trabajas de nuevo para Hyllaman —manifestó, tras los primeros y poco afectuosos saludos.

—No le han mentido. ¿Quiere beber?

—Gracias —negó Holmes—. También me han indicado tu nuevo empleo.

—Sí, me ocupo de la limpieza de la nave de Precisión. El sueldo no es malo y el trabajo descansado.

Holmes miró a Tony fijamente.

—Cathy se siente muy desdichada —manifestó—. Eras uno de

los principales directivos de la empresa y echaste todo a rodar por un estúpido sentimiento de orgullo. Muchacho, arruinaste tu porvenir.

—Ya es tarde para rectificar —dijo Tony sin inmutarse—. Cuando me peleé con Hyllaman, lo hice a sabiendas de lo que me podía pasar…, pero sabiendo también que mi postura era la correcta.

—Entonces, ¿por qué diablos has cedido?

Tony no estaba dispuesto a explicar la verdad a su visitante.

—Tengo que comer tres veces al día —respondió—. Barriendo una nave de la fábrica, no me convierto en cómplice de un trapacero.

—Los negocios, a veces… —intentó argüir Holmes.

El joven no le dejó seguir.

—Conozco bien los negocios y sé que, a veces, es preciso ser duro en los tratos. Pero ser duro no equivale necesariamente a ser ladrón también. Todavía me gusta ser honrado, señor Holmes.

—Nadie te ha dicho que dejes de serlo, muchacho —dijo, conciliador, el padre de Cathy—. Escucha, he estado hablando con Hyllaman y me ha dicho que te espera tu antiguo puesto.

—¡Qué generoso! —exclamó el joven con sarcasmo.

—Pero tendrás que hacer dos cosas.

—¿Sí?

—Reconocer tu error y echar de tu casa al perro.

Tony se puso rígido.

—A veces —dijo—, uno puede estar obcecado y creerse en posesión de la verdad, cuando lo cierto es que se ha equivocado. Podría pasar por ahí, pero no por la expulsión de mi perro.

—A Cathy no le gustan los animales, ya lo sabes.

—Señor Holmes, esa exigencia suya ¿se debe a Cathy, se debe a usted o se debe a Hyllaman?

Hubo una larga pausa de silencio. Luego Holmes contestó:

—Necesito una respuesta tuya, Tony. Concreta, bien definida… ¡y ahora mismo!

El joven hinchó el pecho.

—Le diré una sola palabra: ¡no! ¿Suficiente?

Holmes le miró con lástima.

—Lo siento, muchacho —murmuró—. Créeme que lo siento. Has

elegido el peor camino.

—El camino recto suele estar sembrado de espinas, pero proporciona un sueño tranquilo durante las noches, señor Holmes.

El visitante se marchó sin añadir palabra. Aquella noche, Tony se dijo que no siempre andar por el camino recto proporcionaba un sueño tranquilo: le costó muchísimo dormirse y cuando lo hizo, durmió mal y con continuas pesadillas.

CAPÍTULO X

El trabajo en Precisión se desarrollaba normalmente.

Había cada vez más operarios nuevos. Tony, sin embargo, se sentía nerviosísimo.

Norris se movía por todas partes. Vigilaba continuamente el trabajo, pero, en especial, a los nuevos operarios. Los antiguos, observó Tony, parecían inquietos y desasosegados.

Se preguntó si sería conveniente quedarse después del horario, para averiguar el destino de los misteriosos aparatos que se fabricaban en la división. Una cosa era innegable: el ritmo de fabricación se había duplicado casi.

Terminó su trabajo. Los veteranos se marcharon. Los nuevos se quedaron. Tony llevó la barredora a su sitio. Norris había desaparecido por el momento.

Entonces se le ocurrió hacer una prueba.

Buscó un alfiler y se acercó a uno de los operarios. Antes de que el hombre pudiera darse cuenta, le pinchó en un brazo.

No hubo respuesta. Tony repitió el pinchazo.

El hombre continuó trabajando tranquilamente. Tony sintió un frío espantoso.

¿Era un ser viviente o sólo una máquina con aspecto humano?

Se retiró cautelosamente. Ya no sabía qué pensar.

Norris entró en aquel momento.

—Su jornada ha terminado, Stuart —dijo secamente.

—Sí, señor. Ya me disponía a marcharme —contestó el joven.

Y se acercó a su armario para cambiarse de ropa. Norris le llamó en aquel instante.

—Ah, Stuart.

Tony se volvió.

—Dígame, señor Norris.

—Mañana no será necesario que venga aquí. En Personal le indicarán su nuevo destino.

—Han encontrado a otro operario para la barredora, ¿verdad?

—Pues… sí, ¿por qué negarlo? —contestó Norris tranquilamente —. Buenas tardes, Stuart.

El joven no contestó.

Estaba seguro de una cosa: antes de una semana, ya no quedaría ningún veterano en la nave de Precisión.

Regresó a su casa y contó a Typh lo ocurrido. El perro pareció meditar durante un rato.

—Voy a darte un consejo, Tony —dijo al cabo.

—¿Sí? —murmuró el joven esperanzadamente.

—Haz una cosa. Ve esta noche a Precisión y trata de averiguar cuál es el destino que se da a los aparatos que se fabrican allí.

—No es mala idea —admitió el joven—. ¿Vendrás tú conmigo?

—Me quedaré en casa. Tendrás que pedir permiso a los vigilantes y no parecería correcto que fueses acompañado de un can.

—Entiendo.

Tony salió de su casa, después de cenar, cuando ya se había hecho de noche. Tomó el automóvil y se dirigió a la factoría.

Había algunos turnos que trabajaban por la noche. En la entrada, saludó al vigilante que controlaba el acceso.

—Me he olvidado la cartera en el mono de trabajo —manifestó a guisa de pretexto.

—Está bien, señor Stuart —contestó el hombre—. No hay inconveniente en que pase.

La factoría era enorme. Había algunas naves iluminadas. Precisión estaba con las luces apagadas.

Había una sección, no obstante, que se dedicaba al embalaje de las piezas elaboradas. Tony rodeó el edificio y se acercó a la puerta que daba entrada a dicha sección.

Abrió y pasó al interior. Encendió las luces.

Había numerosas cajas apiladas en una vasta teoría de estantes. Ninguna de ellas, contrariamente a lo preestablecido, ninguna de ellas tenía la etiqueta que señalaba su punto de destino.

Meditó durante unos momentos. ¿Adónde iban aquellas cajas? ¿Quién las recibía? Y, en fin, ¿cuál era su uso?

De repente, oyó pasos en el exterior. Dio un salto y se escondió detrás de una estantería. Atisbó por el espacio situado entre dos cajas y vio entrar a Norris y a Grantland.

Le extrañó, en cierto modo, la presencia de Grantland en aquel lugar, pues sabía que no pertenecía a las Empresas Hyllaman. Pero habiéndole visto ya en la casa donde se «incubaban» los seres del espacio, la cosa resultaba casi lógica.

Norris cerró la puerta. Ninguno de los dos pareció percatarse de que la luz estaba encendida.

—¿Es la hora? —preguntó Grantland.

—Sí —contestó Norris—. Faltan un par de minutos solamente...

—Compruebe el buen funcionamiento de los mecanismos —indicó Grantland.

Norris se acercó a una pared situada en el extremo opuesto. Tony se fijó entonces en que había un gran armario metálico, en apariencia destinado a guardar herramientas o materiales.

El ingeniero extrajo de su bolsillo una llavecita y la insertó en una cerradura. Luego abrió ambas puertas. Tony vio entonces lo que parecía un cuadro de mandos de características hasta entonces desconocidas para él.

Norris manejó algunas teclas e interruptores y se encendieron varias lamparitas. Al cabo de unos instantes, volvió la cabeza.

—Todo en orden —informó.

Grantland consultaba su cronómetro.

—Tenemos que ajustar la apertura a la centésima de segundo —dijo—. Prepárese para bajar el interruptor cuando yo se lo ordene.

—Sí, señor.

Norris puso la mano sobre la palanca de un interruptor de regular tamaño. Grantland continuaba con la vista fija en su reloj.

De pronto dijo:

—Quedan treinta segundos..., veinticinco..., veinte..., diecinueve..., dieciocho...

Tony sintió que un extraño hormiguillo le recorría la piel. Fascinado por el espectáculo, no se atrevía ni a respirar.

La voz de Grantland continuaba desgranando monótonamente la cuenta de segundos. ¿Por qué la apertura había de ser tan exacta?,

se preguntó el joven. Y… ¿qué puerta era la que iban a abrir?

—Nueve segundos…, ocho…, siete…, seis…, cinco…, cuatro…, tres…, dos…, uno… ¡Ya!

Norris bajó la palanca. Entonces todo un lienzo de pared pareció disolverse súbitamente.

Tony se quedó con la boca abierta. A través del hueco, divisó dos enormes camiones emparejados, con la popa hacia la puerta, parados en lo que parecía una autopista de suelo relativamente brillante, color gris claro, que, ascendiendo con escasa pendiente, parecía perderse… ¡en las estrellas!

—¡Magnífico! —exclamó Grantland—. El mecanismo ha funcionado a la perfección.

Tres hombres descendieron de cada uno de los camiones, seis en total. A Tony ya no le extrañó tanto ver que llevaban unos trajes muy extraños, que parecían semejantes a los usados por los astronautas. Los cascos que llevaban puestos impedían ver sus caras.

Grantland se acercó al primero de ellos y le indicó las estanterías. Tony retrocedió poco a poco. De pronto, vio tras sí la puerta del lavabo y se escondió en su interior.

Permaneció en aquel lugar durante largo rato. De cuando en cuando, se asomaba. Los seis hombres cargaban las cajas en los camiones con silenciosa rapidez y una total economía de movimientos.

Una hora más tarde, las estanterías habían quedado vacías. Tony asomó un poco y vio que los seis individuos volvían a sus puestos.

Los camiones arrancaron en un completo silencio. Debían de poseer algún extraño motor, de tremenda potencia, porque en cuestión de unos segundos alcanzaron una velocidad exorbitante. Subieron por aquel camino que conducía a las estrellas y se perdieron de vista casi antes de que Tony hubiese podido darse cuenta de lo que pasaba.

Grantland se sentía muy satisfecho.

—Ha sido una operación magnífica —dijo—. ¿Vámonos?

—Un momento, por favor —rogó Norris—. Voy a lavarme las manos.

Tony se sintió aterrado. En modo alguno le convenía ser visto. Retrocedió y se situó detrás de la puerta.

Norris entró en el lavabo. Algo le golpeó duramente en la cabeza y cayó sin saber qué le había pasado.

El joven respiró profundamente. Grantland tardaría algunos minutos en percatarse de que ocurría algo raro. Tony se acercó a una ventana, la abrió, pasó las piernas por el antepecho y saltó al suelo.

Estaba aturdido. Conocía perfectamente el local y sabía que el muro a través del cual había visto aquella carretera del espacio daba a un patio. ¿En qué dimensión habían viajado los vehículos?

Dio la vuelta al edificio y contempló la fachada. Estaba lisa, sin la menor señal de puerta o abertura alguna. Era indudable que el armario contenía un mecanismo que permitía el tránsito de la dimensión terrestre a otra de características desconocidas.

¿Quién era el autor de aquella fantástica creación?

¿Norris? ¿Grantland?

Caminó a paso vivo hacia la salida. El vigilante le saludó con amabilidad.

—¿Qué? ¿Encontró la cartera, señor Stuart? —preguntó.

—Sí, muchas gracias. Por favor, no le diga nada al señor Norris; no le gusta que la gente vuelva a la fábrica después de cumplida su jornada. He tenido que esconderme para que no me viera…

—Por supuesto, pero el señor Norris no ha vuelto a la fábrica. No tiene por qué temerle —contestó el vigilante.

—Bueno, se habrá quedado después de su hora de salida —sonrió Tony.

El vigilante hizo un signo negativo.

—No. Yo le vi salir poco antes de las siete. A menos que haya venido volando, por aquí no ha pasado. Y todos los demás accesos al recinto, usted lo sabe bien, están cerrados a estas horas.

Tony se quedó mirando fijamente al vigilante. ¿Le habían hipnotizado?

—Bueno, deben de ser aprensiones mías y el tipo al que vi de espaldas me pareció Norris —dijo, con una sonrisa de circunstancias —. Gracias otra vez y buenas noches.

—Buenas noches, señor Stuart.

Tony regresó a su casa en un estado de ánimo imposible de describir. Typh le aguardaba pacientemente, echado en la alfombra.

—Adivino que has visto algo que te ha trastornado —dijo el can

—. Tómate una copa, siéntate tranquilamente y cuéntamelo todo.

Tony lanzó un profundo suspiro.

—Sí, tienes mucha razón —admitió.

Typh escuchó silenciosamente, sin interrumpir al joven ni una sola vez. Cuando Tony hubo terminado, dijo:

—Empiezo a sospechar de qué se trata. Vosotros, los terrestres, describís situaciones parecidas con una frase de dos palabras: círculo vicioso.

—¿Círculo vicioso? —repitió el joven, atónito.

—Sí. Los seres del espacio llegan a la Tierra por un procedimiento que conocemos sólo visualmente. Pero ese procedimiento, cualquiera que sea, necesita mecanismos. Aquí se fabrican los mecanismos y se «exportan» para poder continuar enviando invasores. Cuantos más mecanismos se fabriquen, más invasores aterrizarán…, y así sucesivamente, hasta que la plaga se haya extendido por toda la redondez de vuestro mundo.

Tony se estremeció.

—No permitiré que suceda una cosa semejante —dijo—. Antes haré…

Se calló de pronto.

¿Qué podía hacer él contra un conjunto de fuerzas infinitamente poderosas?

Typh le miraba de hito en hito. Tony creyó entender el significado de aquella muda mirada.

—En resumen, que lo que sea, debo hacerlo yo solo —dijo, tras unos minutos de silencio.

—Yo te ayudaré en todo lo posible —contestó el can—, pero, en efecto, hay cosas que sólo tú puedes realizar.

Tony asintió lentamente. Typh tenía razón.

Y ya sabía por dónde iba a empezar a actuar al día siguiente: por la cabeza de la organización.

CAPÍTULO XI

Nancy, la secretaria personal de Hyllaman le miró con curiosidad.

—¿Quiere ver al gran jefe? —preguntó a media voz, con la

sonrisa en los labios.

Tony hizo un signo afirmativo.

—Suponiendo que quiera recibirme —contestó.

—Lo intentaremos —dijo la chica.

Sorprendentemente, Hyllaman se mostró accesible.

Tony entró en el despacho y se sentó frente al opulento financiero.

—Jovencito —habló Hyllaman—, permítame que le diga que su actitud me parece cada día menos sensata. Cualquiera diría que tiene usted ganas de parar en un manicomio.

—Puede que, en medio de todo, tenga usted razón —dijo Tony con notorio desparpajo—. Sin embargo, me parece que no soy el único que estoy loco.

—Si ha venido para insultarme, ya puede largarse con viento fresco. Usted posee la suficiente experiencia acerca de mis negocios para saber que no puedo perder el tiempo en tonterías.

—Eso sería lo último que haría usted: tonterías. Lo cual no le exime de cometer locuras.

Hyllaman frunció el ceño.

—¿Qué está diciendo? ¿Por qué no habla claro de una vez? Oiga, Holmes, el padre de su novia, ha intercedido en su favor. Yo le he dicho que he de observarle aún una temporada. Si le veo arrepentido, le volveré a su antiguo puesto, dije a Holmes, y todo quedará como si no hubiese pasado nada; pero estoy percatándome de que su pertinacia y su obstinación no reconocen límites.

—Puede que un día tenga que darme usted las gracias por mi ayuda —contestó el joven sin inmutarse por aquella andanada—. ¿Se da cuenta de lo que está pasando en Precisión? —preguntó bruscamente.

—¿Qué sucede en Precisión? Es una de las divisiones que mejor me funcionan. Precisamente desde hace algún tiempo, tenemos una serie de pedidos que nos garantizan trabajo para una larga temporada. Y es un contrato magnífico, puedo asegurárselo.

—¿Qué aparatos se fabrican en Precisión? ¿Lo sabe usted siquiera?

—Instrumentos especiales de medida para astronaves... Bueno, eso es cosa de Norris; para eso es el ingeniero—jefe de esa división.

—Usted no ha puesto los pies en la nave de Precisión, ¿verdad?

Hyllaman frunció el ceño.

—Jovencito, yo tengo algo más importante que hacer que ir corriendo las distintas secciones de mi complejo industrial —contestó—. Si Precisión marcha bien, y lo que es mejor, con una cartera de pedidos como jamás habíamos tenido, ¿por qué preocuparme de lo que pasa allí? ¿Acaso son instrumentos prohibidos o nocivos los que fabrica Norris?

—Puede que sí —contestó el joven—. Prohibidos, no sé; nocivos y perniciosos, seguro.

Hubo una pausa de silencio. Al fin, Hyllaman señaló la puerta.

—Será mejor que despeje el despacho, Stuart —dijo—. Le he recibido gracias a Holmes, pero no porque la idea me divirtiera especialmente. Ya le he aguantado bastantes estupideces, así que váyase y déjeme en paz.

Tony se inclinó hacia adelante.

—Una pregunta más, señor Hyllaman —manifestó—. ¿Conoce la catadura de los tipos que trabajan actualmente en Precisión?

—No, ni me interesa en absoluto. Eso es cosa de Norris, quien se encarga de la plantilla de Precisión, de acuerdo con el jefe de Personal. Éste puede admitir operarios para Precisión, pero la decisión final queda en manos de Norris. Si juzga que un tipo no vale, lo rechaza y... Pero ¿por qué diablos le estoy dando tantas explicaciones? —gruñó Hyllaman malhumoradamente.

—Porque le conviene —dijo el joven—. No quiero decirle qué clase de tipos tiene usted en Precisión; Será mejor que lo compruebe personalmente. Y... otra cosa, ¿en qué medida ha afectado a su nómina el personal de Precisión? Porque, si es lo que yo me imagino, esos tipos le están trabajando completamente gratis. Puede que ni coman ni beban... ¡puede que no tenga empleados humanos, sino máquinas con apariencia de tales!

Tony se puso en pie. Hyllaman parecía estupefacto.

—Eso es todo —concluyó el joven—. Ahora el resto le compete a usted exclusivamente.

Cuando salió del despacho, Hyllaman no había recobrado aún el uso de la palabra.

Nancy le guiñó un ojo.

—¿Borrascosa la entrevista? —preguntó.

—Para él, no para mí —sonrió el joven.

Cuando salía, se tropezó con Norris.

—Le dije ayer que fuése a Personal, donde le darían un nuevo puesto —habló el sujeto enfáticamente.

—Personal y usted pueden irse al cuerno —respondió Tony—. Es la segunda vez que me despido de la casa y me parece que para siempre.

—Con lo cual, Hyllaman se quitará un gran dolor de cabeza —dijo Norris mordazmente.

—Necesitará la aspirina por kilos. Y, a propósito, ¿se le ha pasado a usted el suyo?

Norris se le quedó mirando de hito en hito. En aquel momento, Tony supo que el ingeniero había adivinado la identidad del hombre que le golpeó al entrar en el lavabo.

Era un error, pero ya estaba cometido. No cabían reproches; sólo apechugar con las consecuencias.

—Mi cabeza rige perfectamente —masculló Norris. Desfiló por delante del joven y se detuvo ante la mesa de Nancy—. Anúncieme al señor Hyllaman —pidió.

—Al momento, señor Norris.

Tony abandonó el edificio. Regresó a su casa y, apenas vio al perro, dijo:

—Temo haber cometido una imprudencia. Mi sangre es demasiado caliente, a lo que se ve.

—Cuéntame —pidió Typh sosegadamente.

Tony le relató su conversación con Hyllaman. El perro comentó:

—A fin de cuentas, Sylvia te había aconsejado que entrases en Precisión. Puesto que te pasaban a otra sección, ya no tenías por qué continuar trabajando. ¿Necesitas dinero?

—Por ahora no. ¿Es que tienes tú?

—Podría ayudarte económicamente, fabricando unos cuantos billetes —contestó el animal con naturalidad—. Puedo hacerlo...

Tony se estremeció.

—¡Por el amor de Dios, no se te ocurra! —exclamó—. No quiero líos con la justicia. Lo que interesa ahora es resolver este asunto..., pero ¿qué hago yo sin Sylvia?

—Ella aparecerá cuando menos lo esperes —contestó Typh—. Entretanto, ¿por qué no vuelves esta noche a la fábrica?

—¿Qué he de hacer allí? —preguntó el joven.

—Seguir investigando.

Tony reflexionó unos momentos.

—Iré a la madrugada, con el turno de las seis de la mañana —dijo, tras madura reflexión—. En Precisión no empiezan sino hasta las ocho.

—Sí —convino Typh—, mezclado con los trabajadores de ese tumo, podrás entrar mejor inadvertido. Ahora relájate y no te preocupes de más. Yo me encargaré de despertarte cuando llegue el momento.

Typh cumplió su promesa. A las cinco en punto, Tony estaba ya en pie.

La factoría desplegaba una gran actividad. Cientos de individuos componían el turno de las seis de la mañana en una división en la que se trabajaba ininterrumpidamente.

Desfiló por delante de la gran fachada de Precisión, mirando la pared una y otra vez. No había la menor señal de aquella puerta tendida al espacio. ¿Qué misterioso mecanismo ponía en comunicación la sección de Embalaje con la carretera espacial?

¿Podía, en justicia, llamársele carretera?

La puerta estaba cerrada con llave. No se amilanó por ello. Conocía otra entrada.

Tuvo que romper un cristal de una de las ventanas de los lavabos. Por fortuna, el edificio más cercano estaba a suficiente distancia para que no oyeran el ruido.

Cuando entró en el almacén, vio todas las estanterías llenas.

—Es lógico —murmuró—. Trabajan que se las pelan.

Se acercó al armario donde se encerraban los misteriosos mecanismos. Para asombro suyo, no divisó señal alguna de cerradura. ¿Con qué llave había abierto Norris?

Debía de ser un tipo especial de cerradura, se dijo. El metal de la puerta poseía la suficiente solidez para no poder abrirla sólo con las manos.

Estudió las inmediaciones. De pronto, descubrió que el armario no estaba empotrado en la pared, sino solamente adosado a la misma.

Reflexionó durante unos momentos. Cerca de él, divisó una carretilla transportadora, con mecanismo elevador de grandes cargas. El armario estaba sustentado por cuatro patas de unos diez

centímetros de altura.

Sentándose en el sillín del operario, puso en marcha la carretilla y pasó la plataforma por debajo del armario. Instantes después, 1o elevaba en el aire.

Retrocedió cosa de un metro, bajó el armario y saltó al suelo. Una sonrisa de alegría apareció en sus labios.

La parte posterior no estaba protegida. Los constructores del artefacto habían juzgado suficiente el arrimarlo a la pared. Tony divisó un inextricable amasijo de cables, que iban de un sitio para otro y se entrecruzaban sin orden ni concierto. Cuatro de ellos, de distintos colores, se perdían en el interior de la pared.

Estos cuatro últimos eran del grosor de un dedo pulgar. Tony buscó herramienta adecuada.

Encontró unas grandes cizallas y cortó los cables sin vacilar. Luego, poniéndose unos guantes, empezó a arrancar los más pequeños, causando un destrozo casi total. Al terminar, se limpió el sudor de la frente, satisfecho de su obra.

—Me parece que la invasión ha sufrido un serio contratiempo —murmuró.

Colocó el armario en su sitio, procurando no dejar rastros de su paso. Al terminar, dejó la carretilla donde la había encontrado y las herramientas y los guantes igualmente en sus respectivos lugares. Eran cerca de las siete de la mañana.

De repente, se le ocurrió una idea.

Los aparatos eran traídos de la nave de montaje a través de una puerta que comunicaba con el almacén. La puerta estaba abierta.

Tony buscó el cuadro de interruptores. Quitó los fusibles y luego cortó los cables de alimentación. Buscó un lugar apropiado y estableció un cortocircuito.

—Hoy no trabajarán mucho —se dijo.

Era un sucio sabotaje, había que reconocerlo, pero todo era lícito cuando se trataba de luchar contra unos seres que pretendían invadir el planeta.

Ya era de día claro cuando terminó. La gente iba y venía a sus quehaceres y no fueron muchos los que repararon en él. Tony abandonó el recinto y se situó en un lugar propicio para la observación.

Había una taberna casi frente a la entrada de la factoría. Tony

pidió un café. Desde el mostrador podía ver las cosas con claridad.

A las ocho menos diez llegó un enorme autobús, del que descendieron casi cien individuos. En fila, franquearon los controles horarios y se dirigieron a sus puestos de trabajo.

Tony no tuvo dificultades en reconocerlos. Un segundo autobús llegó a renglón seguido del primero.

—No sabía que la empresa pusiera ahora autobuses para sus empleados —comentó en voz alta.

El tabernero estaba casi a su lado, contemplando también la escena.

—Es cosa nueva para los extranjeros —dijo.

—¿Extranjeros? —repitió Tony.

—Sí. Creo que Hyllaman ha contratado ahora unos cientos de tipos forasteros. Se alojan no sé dónde...

Tony puso unas monedas sobre el mostrador.

—Supongo que a la salida se irán en los mismos autobuses —dijo.

—En efecto. Son tipos que han venido a ahorrar; hay veces que salen cuatro y cinco horas más tarde de lo normal.

Para Tony era más que suficiente. Sin hacer ningún comentario, abandonó la taberna.

Cuando llegó a su casa, se encontró con una enorme sorpresa.

CAPÍTULO XII

Sylvia le tendió una mano. A Tony le hubiera gustado más cogerla en brazos, pero se limitó a oprimir con fuerza la mano de la muchacha.

—Ya era hora —dijo.

—Lo siento, Tony —contestó ella—. Créame que no he podido venir antes.

—Me lo imagino. Siéntese. ¿Quiere algo de beber?

—No, gracias. Tony, usted sabe muchas cosas. Typh me las ha contado todas. Pero ¿qué ha averiguado esta mañana?

—Algo muy interesante. Por cierto, ¿continúan persiguiéndola?

—Que yo sepa, no.

—Sin embargo, usted les interesa a ellos.

Sylvia asintió.

—Desgraciadamente, así es —reconoció.

—¿Por qué?

—¿Me creerla usted si se lo dijese?

Tony exhaló una risa amarga.

—Sylvia, he visto tantas cosas raras estos días, que estoy dispuesto a creerme la mayor barbaridad, dicho sea con perdón —contestó.

—Es cierto. A veces, pienso si no será una barbaridad… Por eso me negué a seguir colaborando con Norris.

—¿En la «importación» de seres espaciales?

Ella le miró fijamente.

—En la adecuación de sus cuerpos al medio ambiente —contestó.

—¿Ade… cuación?

—Sí. ¿Los ha visto usted?

—Desde luego, y no me parece que se sientan muy extraños en la Tierra. Trabajan con una rapidez y una habilidad realmente pasmosas…

—Pero no son más que muñecos que repiten una faena enseñada artificialmente. Razonan de un modo mecánico, obedeciendo a una serie de enseñanzas—tipo, de las cuales no se pueden desviar, porque, sencillamente, no saben otra cosa.

—Y Norris quería que usted les convirtiese en auténticos seres humanos.

—Sí.

Hubo una pausa de silencio. Luego Tony preguntó:

—Sylvia, dígamelo de una vez: ¿es usted terrestre?

La joven vaciló. Tony sintió un extraño frío en el pecho.

—No, a decir verdad —contestó Sylvia tras una pausa—. Pero no me diferencio en absoluto de una mujer terrestre.

Tony respiró fuertemente.

—A mí no me importa que no haya nacido en la Tierra —declaró—. No siento inclinaciones xenófobas.

Ella sonrió y le puso una mano en el brazo.

—Gracias, Tony —dijo—. No todos habrían sido capaces de hacer una afirmación semejante.

—No todos son Tony Stuart —sonrió él—. De modo que está en

contra de los invasores.

Sylvia le miró con sorpresa.

—¡Tony, no son invasores! —exclamó.

—¿Cómo? —respingó el joven—. Pero si yo mismo los he visto llegar... Ahora hay bastantes más del medio millar en Precisión, construyendo unos aparatos rarísimos que envían luego al espacio... y que los envían al espacio es cierto, porque yo mismo lo he visto...

—Sí, pero sus propósitos no son los de invadir la Tierra.

Tony la miró con desconfianza.

—Escuche, yo mismo oí a un tal Grantland que era preciso aumentar el ritmo de las llegadas a una por minuto. Si eso no es una invasión, dígame qué es.

Ella se mordió los labios.

—Resulta un poco prematuro explicarle todo, Tony —dijo.

—Lo cual significa que no tiene confianza en mí —contestó él amargamente.

—Oh, no, no es eso... Tony, me ha rendido usted un señaladísimo favor y yo quisiera pagárselo de algún modo, pero...

Typh habló repentinamente.

—Viene alguien —dijo—. Y no es amigo.

Tony reaccionó en el acto.

—Hablaremos más tarde, Sylvia —dijo—. Escóndase en mi dormitorio.

Ella echó a correr. En el mismo momento, llamaron a la puerta.

—Cuidado —advirtió el can.

Tony asintió. Cruzó la estancia y abrió.

Norris le miró desde el otro lado del umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó brevemente.

—No hay obstáculos —contestó el joven.

Norris entró en el piso y lanzó una mirada al perro, que dormitaba sobre la alfombra. Luego se encaró con Tony.

—Quiero hablar con usted —manifestó.

—Adelante. Siéntese y desembuche —invitó Tony, a la vez que descorchaba una botella.

—¿Le interesaría volver a trabajar con nosotros?

Tony llenó una copa.

—¿Nosotros? —repitió—. ¿Incluye usted en esa palabra a Hyllaman?

—Por supuesto. No habría venido aquí de no contar con su aquiescencia.

—Y ¿qué he de hacer yo allí? ¿Manejar una barredora mecánica?

—Hay otros puestos más interesantes, Stuart. Y con mucho porvenir.

—¿Por ejemplo?

—Cronometrista en Precisión. Usted podría desempeñar muy bien el cargo. Es de responsabilidad, pero se cobra un buen sueldo.

Tony le entregó la copa. Luego, con la suya en la mano, reflexionó unos instantes.

—¿Sabe, señor Norris? —dijo al cabo—. Le he tomado gusto a la vagancia.

El ingeniero pegó un bote en el asiento.

—¿Cómo? ¿Rechaza la oferta? —exclamó.

—Así es, en efecto. Cuando se me acabe el dinero, pensaré dónde puedo trabajar que más se acomode a mis gustos. Todavía puedo tirar un año sin privarme de nada; haciendo economías, aguantaría dos años. ¡Es estupendo vivir sin dar golpe, señor Norris! Le aseguro que no hay nada igual.

—Se está burlando de mí —gruñó el ingeniero.

Tony se encogió de hombros.

—Sí la sinceridad le parece burla… Definitivamente, no, no quiero volver a trabajar para Hyllaman. Ésa es una página a la que he dado la vuelta para siempre.

Norris dejó la copa a un lado y se puso en pie.

—Lo siento —dijo fríamente—. Vine con bandera blanca, pero usted ha rechazado mi oferta.

—Eso parece una declaración de guerra —murmuró Tony.

—Tómelo como quiera. Sólo le diré una cosa: usted no será obstáculo para nosotros.

Tony le contempló con fijeza.

—Una amenaza muy fuerte —dijo—. Oro o armas, ¿eh?

—Sí —admitió Norris sin inmutarse—. No se interponga en nuestro camino o le arrollaremos como arrollaríamos a una hormiga.

—El peor enemigo de un hombre es una desmesurada confianza en sí mismo —dijo Tony sentenciosamente—. Lo cual significa que

subestimar las fuerzas del adversario sólo puede conducir a la catástrofe.

—Muy filósofo está usted —dijo el ingeniero—. Pero nosotros conocemos exactamente cuál es nuestra valía y cuál la suya. Se lo advierto de una vez para siempre.

Y se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió hacia el joven y le miró.

—¿Ha sido usted el autor de los desperfectos en el cuadro de interruptores de la nave de Precisión? —preguntó.

—No. ¿Qué ha pasado? —mintió el joven.

—Alguien quitó los fusibles y cortó los cables. Cuando reparamos la avería, se produjo un cortocircuito que casi destrozó la instalación. El trabajo ha estado paralizado durante horas.

—Eso parece obra de un saboteador —sonrió Tony.

—Así ha sido, en efecto —convino Norris—. Adiós.

—Adiós.

Norris salió. Tony fue hacia la puerta y dio dos vueltas a la llave.

—¡Uf! —dijo—. Creí que iba a acabar explotando. ¿Has oído, Typh?

—Sospecha de ti —dijo el perro.

—Y con razón —terció Sylvia, saliendo de su escondite en aquel momento—. ¿Es cierto lo del cuadro de interruptores?

Tony sonrió.

—Yo soy el saboteador —dijo.

—No me gustaría tenerte por enemigo —refunfuñó el can.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Sylvia.

—Bueno, si son invasores...

—No lo son, en un sentido estricto —le interrumpió ella—. Tony, ¿le gustaría comprobarlo?

—Desde luego. ¿Cómo?

—Usted sabe dónde se «incuban» los seres que llegan a la Tierra.

—Sí, desde luego.

—Pero, en cambio, ignora qué sucede con los que ya trabajan en la factoría, una vez han concluido su jornada.

—Vienen en unos autobuses... y me supongo que los mismos autobuses se los llevarán a sus alojamientos.

—Nada más exacto. ¿Le gustaría conocer esos alojamientos? —preguntó la muchacha.

Tony la contempló en silencio durante unos instantes.

—¿Los ha visto usted? —preguntó.

—No. Y tengo interés en conocerlos también. ¿Querrá acompañarme?

—Di que sí —intervino Typh—. Yo también iré —y en tono un tanto excitado, añadió—: ¡Esto se está poniendo interesantísimo!

—¿Cuándo iremos? —preguntó él.

—A la tarde, naturalmente —respondió Sylvia—. Usted dispone de automóvil, ¿no es cierto?

—Iré a repostarlo ahora mismo —aseguró Tony—. No quisiera quedarme sin combustible a mitad de camino.

A las cinco de la tarde, Tony detuvo el coche frente a la taberna situada en las inmediaciones de la factoría. Sylvia y el perro se apearon con él y entraron en un local, situándose junto a una ventana, desde la cual se dominaba perfectamente la entrada al recinto.

La inmensa mayoría de empleados y operarios salían ya. Desde donde estaban podían ver la parte superior de la nave de Precisión.

Llegó la noche. Las luces encendidas les dijeron que todavía continuaba el trabajo en la nave. Alrededor de las diez, llegaron cinco o seis enormes autobuses.

Los operarios de Precisión empezaron a salir y ocuparon sus puestos en los vehículos. Tony abonó las consumiciones y se puso en pie.

Salieron fuera y se acomodaron en el coche. Tony dio el contacto, aunque, de momento, permaneció con las luces apagadas.

Mientras observaba el movimiento de hombres en torno a los operarios, se dio cuenta vagamente de que Sylvia manipulaba con alguna cosa a su lado. De momento, sin embargo, no le prestó la menor atención hasta que, unos segundos más tarde, ella colocó una cosa que parecía un anteojo en el cuadro de mandos, delante del volante.

—¿Qué es eso? —preguntó, extrañado.

—No conviene que encienda las luces —dijo Sylvia—. Podrían darse cuenta de que les seguimos. Mire a través del objetivo cuando hayamos llegado a zona sin iluminar.

El joven asintió. Un visor de rayos infrarrojos, se dijo. En aquel momento, arrancó el último autobús y se dispuso a seguirle a

prudente distancia.

CAPÍTULO XIII

Los autobuses rodaban por una carretera poco conocida de Tony. El anteojo que le había proporcionado la muchacha permitía una claridad de visión total, como en pleno día. No era a base de infrarrojos, se corrigió apenas hizo la primera observación.

Se estremeció. Aquél era un aparato fabricado muy lejos de la Tierra. Pero ¿no tenía al lado a una muchacha que tampoco había nacido en el planeta?

Una hora después, los autobuses tomaron por un camino secundario que serpenteaba entre colinas de poca elevación. Después de diez minutos, el joven se dio cuenta de que la hilera de vehículos se curvaba para adoptar la dirección sur.

De repente, el primer autobús se metió en la ladera de una colina. Los otros le siguieron sin detener su marcha. Apenas hubo desaparecido el último, la colina recobró su aspecto habitual.

Tony frenó el coche.

—¿Y ahora? —preguntó, desconcertado.

Sylvia saltó al suelo. Typh la siguió de inmediato.

—Tenemos que entrar ahí —dijo.

Tony se apeó, rezongando entre dientes.

—¿Con las manos desnudas? —manifestó—. Es una locura, hay más de quinientos tipos...

—En estos momentos, estoy segura, son inofensivos.

Tony la miró, desconcertado. Typh dijo:

—Ella tiene razón, Tony.

El joven se encogió de hombros.

—¿Quién dijo que sólo se vive una vez? ¡Vamos! —exclamó resueltamente.

Caminaron cosa de un centenar de pasos, deteniéndose en el punto justo por donde habían desaparecido los vehículos. Tony se inclinó un poco y tanteó el suelo con la mano.

—¡Eh, esto parece que cede! —dijo.

Sin embargo, no se trataba de una lona pintada, sino de algo más consistente, aunque blando y un tanto flexible. Sylvia abrió su

bolso y sacó un objeto parecido a un lápiz plano, de unos veinte centímetros de longitud, por uno de grueso y tres o cuatro de anchura.

Apuntó con aquel objeto al suelo, en un sitio donde la inclinación alcanzaba unos 40 grados. Un rayo de luz rojiza, apenas visible, delgadísimo, casi como un pelo, brotó de la punta del artefacto.

Sylvia movió la mano y «cortó» literalmente el suelo de la ladera en una extensión suficiente para que pudieran pasar sin apreturas. La «puerta» cayó apenas hubo terminado ella de hacer su recorrido con el aparato.

—Vamos —dijo.

Se adentró resueltamente por el hueco, seguida de Typh. Tony suspiró y echó a andar tras ellos.

La oscuridad era completa. Apenas había dado cuatro pasos, Tony se dio cuenta de que podía ver a la perfección.

De nuevo Typh influía en su mente, permitiéndole la visión en las tinieblas. Los autobuses estaban parados allí, en un túnel de gran amplitud cavado bajo la colina.

Un poco más adelante, el túnel se ensanchaba, formando una gran cavidad de varios centenares de metros de diámetro, la altura de cuya cúpula llegaba a los cincuenta o sesenta metros. Tony se quedó mudo de asombro al contemplar el fascinante espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Había centenares de hombres tendidos en sus literas, situadas éstas en larguísimas hileras, que ocupaban casi toda la extensión de la caverna. Todavía, sin embargo, había más lechos vacíos que ocupados.

—Bueno —dijo Sylvia, satisfecha—, ahora ya sabemos dónde se esconden después de su jornada de trabajo.

—Claro —dijo Tony—, no podían tenerlos trabajando durante las veinticuatro horas. Se harían demasiado sospechosos.

Sylvia asintió.

—En efecto. De este modo, pueden simular que tienen alojamientos especiales para ellos.

—Lo cual es cierto. Sylvia, aquí hay lo menos tres mil literas. ¿Sabe lo que eso significa?

—Me lo imagino fácilmente. Van a ampliar la nave de Precisión.

—Y continuarán fabricando y exportando miles y miles de esos aparatos cuya utilidad desconozco. ¿Sabe usted para qué sirven?

Sylvia hizo un gesto afirmativo, aunque no quiso dar ninguna explicación.

—Hay una cosa que me extraña —dijo Tony, tras unos segundos de silencio—. Sólo llegan invasores varones. ¿Por qué no los envían con figura de mujer?

—Para lo que están haciendo, no las precisan —dijo ella.

—¿Existe desigualdad de sexos en... aquel mundo?

—Parece ser que sí, Tony.

—Vaya qué pequeña es la Galaxia —comentó el joven cáusticamente—. Ahora resulta que, en siendo inteligentes, todos tenemos más o menos las mismas costumbres.

Se acercó a una de las literas y examinó al durmiente. Le tocó la mejilla. Estaba fría.

Su pecho no se movía. Era una estatua carente de animación.

—Una vez pinché a uno y no lo sintió —dijo.

—Ése es uno de los defectos que yo debía corregir —manifestó Sylvia—. Son insensibles al dolor.

Tony se estremeció.

—Entonces... son muertos—vivos o vivos—muertos, como quiera llamárseles —dijo.

Se acordó de las leyendas sobre vampiros, sobre los «zombies» antillanos..., tradiciones que se creían resultado de simples cuentos de viejas, pero que, en aquel caso, eran la pura realidad.

—Son distintos a nosotros —contestó Sylvia.

—¿También a usted?

—¿Acaso no lo está viendo?

—Pero... ¡usted viene de su mismo mundo! —protestó Tony.

Ella negó con la cabeza.

—Ya se lo explicaré —respondió—. Ahora...

Paseó la vista a su alrededor. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Allí, Tony!

El joven siguió con la mirada la dirección que ella le indicaba con su mano. Oculto tras una larga hilera de literas, todas ocupadas, divisó lo que parecía un cuadro de mandos.

Dieron la vuelta y se acercaron a aquel panel de control, de enormes dimensiones. Había varios millares de bombillitas, de las

que sólo una pequeña parte aparecían encendidas.

—Las que están encendidas corresponden a los durmientes —explicó Sylvia.

—Y las apagadas se irán encendiendo a medida que aumente el número de huéspedes — adivinó él—. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Sylvia meditó un instante.

—Ellos no tienen realmente la culpa de hallarse aquí —dijo.

—Menos la tenemos nosotros —rezongó él—. Son invasores, así que...

Empezó a examinar el cuadro de mandos. De pronto, divisó una serie de palancas no demasiado grandes, que parecían interruptores.

—Si las muevo, continuarán durmiendo, ¿no es así? —dijo.

Sylvia asintió.

—¿Morirán? —preguntó él.

—No. Simplemente, continuarán en su estado actual.

Tony sonrió.

—Esto sí que va a ser una huelga forzosa — dijo.

Y empezó a bajar palancas con rapidez.

Las lámparas se apagaron.

—Ya estamos —dijo él—. ¿Nos vamos?

—Espere. Aún no hemos acabado.

Sylvia echó a andar. Tony y el perro la siguieron.

Atravesaron la caverna en su totalidad. Poco después, llegaban al extremo opuesto.

Sylvia examinó la pared. De pronto, apoyó una mano en determinado punto y un trozo del muro rocoso giró en silencio a un lado.

Un estrecho pasadizo quedó a la vista. Sylvia se adentró por él sin vacilar.

Al cabo de unos metros, el pasadizo se ensanchó.

Tony se sintió estupefacto al ver lo que había al otro lado.

—Pero... ¡si estamos en...! —balbució, atónito.

Se hallaban en el sótano de la casa a la cual llegaban los seres del espacio, en sus pequeñas naves esféricas. Las «incubadoras» continuaban su labor de adaptación de los seres extraterrestres a la forma humana.

Una bola azul llegó en aquel momento y se dirigió a un sarcófago sin ocupar. Sylvia empezó a recorrer los sarcófagos,

examinando su interior con toda atención.

Al cabo de un rato, se volvió hacia el joven.

—Es preciso impedir que esto siga adelante —dijo.

Tony movió la cabeza afirmativamente.

—En eso estamos de acuerdo —contestó—. Pero ¿cómo lo vamos a hacer?

—El mecanismo de control de las recepciones debe de estar en alguna parte, Tony.

—Las bolas azules llegan a través de la chimenea —indicó él.

Sylvia se acercó al tubo que, atravesando el techo del sótano, comunicaba con el hogar de la chimenea y miró hacia arriba.

—El aparato está en el salón superior —dijo al cabo.

—Lo que no me explico es cómo pueden portarse de una manera tan descuidada —dijo Tony—. Esta casa debería estar mejor vigilada.

—Parece que así debiera ser, pero tenga en cuenta que está abandonada. Montar un servicio de vigilancia podría resultar contraproducente, porque llamaría la atención, y eso es precisamente lo que quieren evitar.

—A pesar de todo, yo no me fiaría —insistió el joven.

—Vamos arriba —dijo ella.

Se dirigieron hacia la escalera. Momentos después, se encontraban en el salón.

Sylvia se acercó a la chimenea y, arrodillándose en el suelo, examinó el hueco. Una bola de luz azul bajó de pronto.

—¡Cuidado! —exclamó Tony, alarmado.

—No hay peligro —sonrió ella.

De nuevo abrió su bolso. Sacó aquel extraño lápiz y lo enfocó hacia el orificio. Esta vez, la luz era mucho más intensa.

Sylvia movió la mano en sentido circular. Tony observó con asombro que el metal de la válvula se soldaba para formar una sola pieza con la estructura en la cual se sustentaba.

—Listo —dijo ella al terminar, mientras se incorporaba—. Ahora ya no podrán seguir enviando más invasores, como usted los denomina.

—Es que «son» invasores —afirmó Tony.

Sylvia sonrió.

—En parte, tiene razón, pero no toda. ¿Nos vamos?

—¿Hemos terminado ya?

—Sí.

—Un momento —pidió Tony.

—Dígame —contestó ella.

—Dentro de pocos minutos, bajará otra bola. ¿Qué sucederá cuando se encuentre el hueco cerrado?

—Nada —contestó ella.

—¿Eh? ¿No ocurrirá nada?

—No. Sencillamente, no aterrizarán más seres, porque llegaban atraídos por una señal especial, que ahora ya no reciben. El mecanismo de... «llamada» está debajo de nosotros y yo lo he incomunicado con la estación de envíos.

Tony se quedó inmóvil.

—Creo que empiezo a adivinar la verdad —dijo.

Sylvia sonrió.

—¿De veras?

—Sí. Hay una nave espacial suspendida sobre nosotros, de tal modo, que su órbita la hace permanecer inmóvil sobre este punto.

—Así es, Tony —confirmó Sylvia.

El joven vaciló.

—¿Lle... llegó usted en esa nave?

—Sí.

Tony se pasó una mano por la cara.

—Antes me dijo que su forma era enteramente terrestre —murmuró.

—Y lo es, Tony. ¿Acaso era necesario que yo bajase encerrada en una de esas naves en forma de bola azul?

—No..., no comprendo... —dijo él débilmente.

Sylvia le cogió por el brazo.

—Vamos —dijo en tono persuasivo—. Crea que ya no falta mucho para la solución del problema. Ahora hemos de volver por el mismo sitio que hemos llegado.

Tony se dejó llevar sin resistencia. No sabía dónde estaba, ni siquiera tenía la seguridad de hallarse despierto.

CAPÍTULO XIV

El aire fresco de la noche, una vez hubieron salido de la caverna, le dio en la cara, aclarando considerablemente su aturdido cerebro. Sylvia caminó hacia el coche con paso resuelto y quitó del tablero de mandos el anteojo que había servido para que Tony guiara fácilmente en la oscuridad.

Sylvia efectuó unas manipulaciones con el aparato, el que situó sobre un trípode de patas delgadísimas, apoyándolo en el techo del vehículo. Tony contemplaba las operaciones sin pronunciar palabra.

Al cabo de unos minutos, Sylvia le hizo una seña con la mano.

—Acércate y mira.

Tony obedeció. Aplicó el ojo al ocular del aparato, dándose cuenta de que, por algún misterioso procedimiento que le era desconocido, Sylvia lo había transformado en un telescopio.

Se quedó mudo de asombro al ver aquel enorme aparato que flotaba inmóvil en el espacio, a una distancia que no podía precisar. Su forma era lenticular y parecía envuelto en una especie de aura de color azulado, que le rodeaba por completo.

—¿Qué es eso? —preguntó, separándose del telescopio.

—La nave espacial en la cual vinimos todas —respondió ella.

—¿Tú también?

Sylvia asintió.

—¿Y Grantland?

—Sí, igualmente.

—Me siento aturdido. Si vosotros tenéis forma terrestre, ¿por qué los otros no…?

—Tony, aquí, en la Tierra, hubo un tiempo en que existía la esclavitud, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

Los ojos del joven se dilataron repentinamente.

En un segundo había comprendido la verdad.

—¡Eras una esclava de esos seres! —dijo.

—Sí —confirmó ella, con lágrimas en los ojos.

—¿Y Grantland?

—Algunos colaboran con ellos, Tony; y lo hacen muy a gusto.

—¿Tú, no?

—No. Me obligaron a venir. Cuando llegué, me escapé. Norris quiso atraerme a ellos de nuevo, pero me negué. Tuve que esconderme…

—Es increíble. Nunca me imaginé que Norris fuese también un extraterrestre.

—Oh, no, él ha nacido aquí. Es Grantland quien se puso de acuerdo con Norris para fabricar esos aparatos que luego exportan al espacio —soltó una risita irónica—. Pueden fabricar oro con toda facilidad, pero no los aparatos que tan imprescindibles les resultan para sus campañas bélicas.

—¿Has dicho campañas bélicas? Pero ¿contra quiénes guerrean?

—Hay una conflagración en algún punto de nuestra Galaxia y esos seres que has visto vinieron a la Tierra para poder fabricar sus armas. Tenían dos razones para ello.

Sylvia hizo una pausa. Tony la escuchaba con suma atención.

—Primero, vuestro planeta está muy alejado del foco bélico —siguió ella—. Segundo, determinadas piezas necesitan unas materias primas que sólo aquí pueden encontrarse, el cuarzo entre las más importantes.

—Así que lo que fabrican son armas.

—Piezas importantes para las armas, sin las cuales éstas no pueden funcionar.

—Y... ¿qué efecto producen esas armas?

—Pueden arrasar regiones enteras en un instante, sin dejar luego efectos perniciosos para los posibles ocupantes. Empleadas masivamente, incluso podrían convertir en polvo un planeta.

Tony se sentía anonadado.

—Y tú..., usted... ¿por qué está en contra de ellos, como quiera que se llamen?

—Simplemente, deseo su derrota, porque, de este modo, seremos libres. Yo ya lo soy, pero hay millones como yo que están reducidos a la peor de las esclavitudes, con la agravante de que se dan cuenta de ello, de que son personas de conocimientos elevados y que no pueden hacer nada para evitarlo.

—¿Tanta superioridad tienes los..., ellos sobre vosotros?

Sylvia movió la cabeza tristemente.

—En nuestro mundo, sí. No es que no queramos sublevarnos; simplemente, no podemos.

—Pero no entiendo bien del todo... ¿por qué te trajeron a ti con ellos?

—Porque me necesitaban. También tienen sus limitaciones, pese

a su fabuloso poder mental. Su forma física no es la más apropiada para determinadas acciones. Yo tenía que preocuparme de que cada uno de los que tú llamas invasores tuviese una forma distinta, de que su mente se adecuara a la de los terrestres..., que, en fin, pudieran pasar inadvertidos, pero escapé apenas puse el pie en este planeta.

—Y Grantland siguió adelante con su plan,

—Tenía que hacerlo. Sus planes bélicos no permiten ningún retraso.

—O perderán la guerra.

—Sí. ¡Y lo deseo ardientemente!

Tony guardó silencio un momento.

—Es sincera, muchacho —intervino el perro, callado hasta aquel instante.

—Gracias, Typh —sonrió la muchacha.

—Era mi obligación. Tú me has caído simpática.

—Pero tú no eres de Beta de Capella, Typh —dijo Sylvia.

—No. He nacido en el decimosexto planeta de Gamma del Auriga.

Tony estaba aturdido. Se hallaba en compañía de dos seres, no nacidos en la Tierra, procedentes de mundos remotísimos, quienes, pese a su distinta conformación, conversaban entre sí con toda naturalidad.

—Sylvia —dijo al cabo de un instante.

—Dime, Tony.

—Esa nave que he visto... ¿cómo no ha sido localizada desde la Tierra?

—Resulta invisible e indetectable para vuestros medios de observación —contestó ella.

—¿Y es allí donde transportan las piezas que fabrican en la nave de Precisión?

—Sí. Cuando han reunido determinado número, viene otra nave y se las lleva para montar las nuevas armas que piensan emplear..., que tal vez están empleando ya.

—Una cosa, Sylvia, y creo que será suficiente. Supongamos que ellos pierden la guerra. ¿Qué harán los vencedores? ¿No impondrán su ley, sus dictados... y continuarán manteniendo la esclavitud sobre vosotros?

Sylvia movió lentamente la cabeza.

—No. Son de configuración igual a la nuestra —respondió—. Una de las razones del conflicto es, precisamente, no caer esclavos como ya lo somos nosotros. El hecho de vivir en otro planeta distinto les ha permitido resistir físicamente, cosa que a nosotros nos es absolutamente imposible. ¿Cómo resistir cuando tienes controlado incluso el menor de tus pensamientos?

—Pero, en tal caso, pudieron averiguar que tú desertarías apenas llegases a la Tierra.

—En primer lugar, fue una decisión súbita, imprevista, incluso para mí; y en segundo, hubo un breve período de adaptación (tú mismo lo has visto), durante el cual se hallaban inermes. Grantland no pudo mantener sobre mí la misma vigilancia que hubiese mantenido uno de los otros seres.

—¿Y después de la adaptación?

Sylvia sonrió.

—Como has podido comprobar, no ha sido total. Ahora se encuentran en una total inferioridad de condiciones.

—Ellos sí, pero no Grantland y Norris —objetó el joven.

—Por supuesto, pero, como has podido apreciar, nuestras fuerzas están muy igualadas. ¿Por qué, si no, recurrieron a dos pistoleros profesionales para atraerme a su lado?

Tony sonrió.

—Va a resultar divertida la última etapa —dijo—. Me gustaría estar en Precisión cuando suene el silbato para iniciar la jornada de trabajo.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Y ¿por qué no? —contestó.

Tony se volvió hacia el can.

—¿Qué dice mi consejero áulico? —preguntó.

—No me llames cosas raras —refunfuñó Typh.

—Consejero áulico significa la persona que da consejos sincera y desinteresadamente —explicó Tony.

—Ah, en ese caso, por mí no hay inconveniente. Vamos a la fábrica —respondió Typh.

Sylvia desmontó el telescopio. Ahora ya no había inconveniente en guardarlo. Minutos después, emprendían el regreso.

* * *

Tony y Sylvia franquearon sin dificultad el control de entrada. El vigilante aceptó la explicación de Tony, acerca de que la joven era una inspectora de Sanidad.

Cuando entraron en la nave de Precisión, Typh les aguardaba ya en el interior.

—No me gusta recurrir a la teleportación —dijo, gruñendo—. Aquí, en la Tierra, me cuesta un trabajo horrible. Pero, claro, el portero no me habría permitido la entrada…

Tony sonrió. Consultó su reloj.

—Faltan sólo dos minutos para las ocho. Esperemos —dijo.

Por curiosidad, se asomó a la nave de almacenaje. Las estanterías se hallaban repletas de cajas a punto de ser enviadas a su destino.

—Ya no se fabricarán más armas con estas piezas —murmuró.

Dieron las ocho. La nave permaneció desierta.

—Habían sustituido ya a todos los operarios —dijo Tony.

Sylvia asintió. Esperaron un poco todavía.

Casi un cuarto de hora después, aparecieron Norris y Grantland.

Estaban nerviosos, muy inquietos. Tony, Sylvia y Typh les contemplaron, prudentemente escondidos.

—No me explico lo que pasa —dijo Grantland—. Los operarios tendrían que estar ya aquí…

—Se habrán dormido —dijo Norris con sorna.

—Esto no es cosa de broma —refunfuñó Grantland, frunciendo el ceño.

—¿Es que lo que hacen por la noche no es dormir?

—¡Oh, dejémonos de tonterías! —dijo Grantland exasperadamente—. Está sucediendo algo raro. Seiscientos operarios no faltan al trabajo sin un motivo bien definido, Norris.

—Estoy igual que usted —contestó el ingeniero—. No sé qué les ha podido pasar.

—Y ¿si fuéramos a su alojamiento?

—Esperemos un poco todavía —aconsejó Norris.

—Si no aparecen, la gente sospechará. Oiga, Norris, pagamos bien. ¿Se da cuenta de lo que quiero decirle? Y, además, se ahorra usted los sueldos de seiscientos operarios…, porque no me va a

decir que es Hyllaman el que se beneficia con esa trampa.

—Claro que no. Bastante gana con los pedidos, pero yo no tengo la culpa de lo que sucede. Puse la nave a su disposición y...

Tony miró a la joven. Sylvia le hizo una señal de asentimiento.

—Señor Norris —dijo Tony de pronto, a la vez que abandonaba su escondite—, es posible que los operarios a quienes espera no vengan nunca más por aquí.

CAPÍTULO XV

Grantland y Norris se quedaron petrificados al oír la voz del joven.

Seguido por Sylvia y el can, avanzó hasta quedar a poca distancia de la pareja.

—No vendrán más —aseguró Tony rotundamente.

Los ojos de Grantland chispearon con furia.

—Ha sido usted —dijo.

—Sí —admitió Tony—, aunque no sería justo silenciar la valiosa cooperación de la señorita Wenck y de mi fiel Typh. Hemos estado en la caverna y detenido los mecanismos de animación de los seres que descansan allí. Asimismo hemos impedido la llegada de más invasores. Esto se ha acabado —concluyó tajantemente.

Grantland estaba lívido.

—Les costará caro —aulló.

—¿Qué es lo que piensa hacernos? —preguntó Tony sonriente—. ¿Obligarnos a trabajar en esas piezas tan importantes para cierta guerra galáctica? ¿Con qué cuenta, en todo caso, para ello?

—Emplearemos operarios terrestres...

Tony movió lentamente la cabeza.

—Dije que esto se ha acabado. Aquí, en Precisión y en lo sucesivo, se fabricarán los aparatos que siempre se fabricaron, para empresas terrestres y para objetivos pacíficos.

—Hyllaman no renunciará tan fácilmente a un magnífico negocio —intervino Norris.

—Será cosa de ver con quién se ha repartido usted el dinero de la nómina de los nuevos empleados. A Hyllaman le gustará saberlo, créame, Norris.

El ingeniero se puso lívido. Tony se echó a reír.

—¿Estaba de acuerdo con algún contable? —preguntó.

Norris se volvió hacia Grantland.

—Tenemos que eliminarlos —exclamó furiosamente.

Grantland miró al joven.

—Ya han oído la sentencia —corroboró.

Tony miró a la muchacha.

—¿Podrán hacerlo? —preguntó.

—Creo que no —respondió ella.

—Una vez me sorprendieron con la guardia bajada y me metieron dos balazos en el cuerpo —intervino Typh—. Ahora no dejaré que la historia se repita.

Norris se sobresaltó.

—¡Diablos! ¡El perro está hablando!

—Pues ¿qué se creía usted? —contestó Typh desdeñosamente—. Y sólo soy un perro físicamente, pero no en la realidad.

Grantland parecía aturdido.

—¿De dónde... ha venido? —preguntó, articulando las palabras con dificultad.

—Ésa es una cuestión secundaria ahora —dijo Typh.

Hubo un momento de vacilación. De repente, alguien irrumpió en la nave con paso presuroso.

—¡Norris! —gritó Hyllaman—. ¿Qué sucede aquí? ¡Me han dicho que hoy no se han presentado al trabajo los operadores de esta división!

El ingeniero palideció horriblemente.

—Señor Hyllaman...

—Vaya, pero si está aquí el amigo Stuart —dijo Hyllaman sarcásticamente—. Y esa chica ¿quién diablos es? ¿Acaso son ustedes los promotores de la huelga que me ha paralizado la nave de mayor rendimiento?

—Se equivoca, señor Hyllaman —respondió el joven serenamente—. Tengo el gusto de presentarle a la señorita Sylvia Wenck. Sylvia, el señor Hyllaman.

La joven hizo una inclinación de cabeza.

—Encantada —saludó.

Hyllaman contestó con un bufido.

—Grosero —le apostrofó el perro.

El financiero pegó un salto.

—¡Otra vez con su maldita ventriloquia! Stuart, ¿cómo he de decirle que no quiero verle más por aquí…?

—¿No envió usted a Norris para buscarme de nuevo? —preguntó Tony.

Hyllaman se sorprendió vivamente.

—Jamás se me ha ocurrido una idea tan estúpida —contestó—. Pero ¿quieren explicarme de una vez lo que pasa aquí?

Tony movió la cabeza en dirección al ingeniero y su cómplice.

—Pregúnteselo a ellos. —indicó.

Hyllaman se volvió hacia el ingeniero.

—¿Norris?

Grantland dio un paso hacia atrás. De pronto, sacó una pistola.

—Norris, tenemos que largarnos —dijo.

—¡Eh, oiga! —gritó Hyllaman—. Baje ese cacharro…

Los ojos de Grantland brillaron demoníacamente.

—¡Váyase al diablo! —dijo—. Nos costará mucho, pero encontraremos otro idiota que quiera fabricar esas piezas para nosotros. A fin de cuentas, se ha ganado unos cuantos millones, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Usted se lo ha perdido, amigo —le interrumpió Grantland—. Más le hubiera valido haberse quedado en su despacho. Ahora seguirá la misma suerte que esa pareja. Y que el maldito perro hablador, por supuesto.

Apretó el gatillo. La bala cayó a sus pies.

Typh soltó una risita.

—¿Se le ha mojado la pólvora? —preguntó. Grantland estaba atónito. Disparó de nuevo.

La bala le cayó con cierta fuerza en un pie y empezó a dar varios ridículos saltitos, a la vez que emitía gritos de dolor.

Norris se vio perdido.

—¡Escapemos, Grantland! —gritó.

El hombre del pelo blanco olvidó su dolor y echó a correr.

—¡Vamos, a la puerta del espacio! —exclamó.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta que daba al almacén.

Hyllaman estaba aturdido.

—¿Se han vuelto locos?

Norris y Grantland desaparecieron en el almacén. Sylvia dio un paso hacia adelante, pero él la contuvo por un brazo.

—Quieta, no te muevas —aconsejó.

Hyllaman se pasó una mano por la frente.

—Creo que el que va a enloquecer soy yo —dijo. Un violentísimo fogonazo entró en aquel momento por la puerta del almacén. Se oyó un sordo rugido y el suelo trepidó, como sacudido por un terremoto. Sylvia miró al joven.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

En el mismo instante, pareció que el sol explotaba. Su luz se hizo intensísima durante fracciones de segundo. Luego volvió a la normalidad.

Las llamas empezaron a devorar las estanterías del almacén. Se oyeron las sirenas de alarma.

—Ellos mismos han encontrado la muerte, al intentar escapar por la puerta espacial —dijo Tony—. Por lo visto, ignoraban todavía que yo había estropeado la maquinaria.

—Pero ¿qué están diciendo? —gritó Hyllaman—. ¿Es que todos se han vuelto locos aquí?

El fuego tomaba un rápido incremento. Tony agarró a la muchacha por un brazo.

—Será mejor que salgamos antes de que sea demasiado tarde —aconsejó.

* * *

Hyllaman escuchó en silencio el relato que Tony y Sylvia, alternativamente, le hicieron en su propio despacho.

El financiero estaba abrumado.

—Norris me engañó, lo juro —dijo al conocer la verdad.

—La culpa no fue suya —manifestó Tony—. Ahora lo que tiene que hacer es encontrar al contable que colaboraba con Norris para embolsarse el dinero de la nómina.

—Aparecerá y le pondré entre rejas —prometió Hyllaman rabiosamente—. Pero nadie me creerá cuando diga que...

—¿Es preciso que cuente la verdad?

Hyllaman miró al joven.

—El incendio se debió a una imprudencia de Norris —dijo.

—Exactamente. Nadie tiene por qué conocer otra versión de lo ocurrido.

—¿Y los trabajadores extraterrestres? ¿Qué diré para justificar su ausencia?

—Norris los contrató. Ahora, al faltar él, se han despedido. Estamos cerca de la frontera. Se han vuelto á sus casas.

Hyllaman asintió.

—Una explicación aceptable —convino—. Stuart, reconozco que tengo muchos defectos. Conviene que me aplique a corregirlos.

—No es mal propósito —alabó el joven.

—Me hacía falta un tipo como usted —reconoció Hyllaman, forzando una sonrisa—. Necesitaba alguien que me cantara las verdades... Bueno, su puesto está vacante. ¿Cuándo lo ocupa de nuevo?

Tony miró a Sylvia.

—Dentro de algunas semanas, creo —contestó.

—¿Y Cathy Holmes? —preguntó Hyllaman.

—Ha nacido en la Tierra. No me conviene.

—Le gustan las extranjeras, ¿eh?

—Una extraterrestre —sonrió Tony—. Es decir, si ella no se opone.

Hyllaman fijó la vista en la muchacha.

—Me parece que no —dijo.

Sylvia tenía las mejillas encarnadas.

—Esto es un asalto —dijo—. Están obligándome a contestar afirmativamente.

—Aquí eres libre —le recordó Tony.

Sylvia sonrió.

—Y lo peor de todo es que ya no puedo regresar a mi mundo. ¿O es lo mejor, Tony? ¿Tú qué opinas?

—¿Lo echarás de menos?

—Creo que no —suspiró ella.

Tony la cogió de la mano.

—Yo me encargaré de que no sientas nostalgia del mundo en que naciste —dijo—. Y... ¿quién sabe?, tal vez un día podamos visitarlo los dos juntos.

—En ese caso, avísenme. Le nombraría director de mi sucursal

en aquel planeta —dijo Hyllaman.

—¡Qué hombre! Siempre pensando en los negocios. Vamos, Sylvia.

En la calle, Typh, inesperadamente, les dijo adiós.

—Me marcho —declaró sin más.

—¿Adónde? —preguntaron los dos jóvenes a dúo.

—Aquí he terminado ya —respondió Typh—. Es un planeta muy interesante. Vine en viaje de estudios y lo he aprovechado ampliamente. Mis experiencias serán estudiadas a fondo en mi planeta.

—Algún día volverás a hacernos una visita —rogó Sylvia.

—Es posible, ¿quién sabe? —contestó Typh melancólicamente—. La verdad, siento irme, pero me resulta imposible permanecer por más tiempo. Adiós, amigos.

—Adiós, Typh.

El perro se alejó por la acera, meneando lentamente la cola. Tony no se atrevió a preguntarle qué clase de nave espacial iba a emplear para su viaje de vuelta.

Levantó la vista al cielo. La nave de los que él llamaba invasores había quedado destruida. La caverna y la casa habían desaparecido.

Sólo quedaba un ser extraterrestre en el planeta y lo tenía a su lado.

Volvió los ojos hacia Sylvia.

—Te gustará vivir aquí —dijo.

—Estoy segura de ello —contestó la muchacha.

FIN